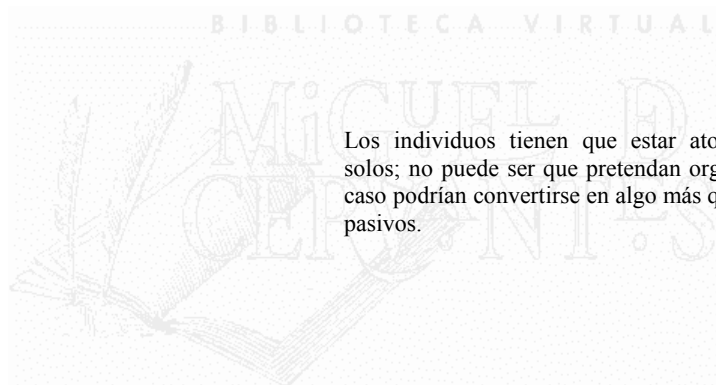


6. GLOBALIZACIÓN DEL DISCURSO ARTÍSTICO: PAUTAS DEL CAPITALISMO AVANZADO EN LA CONFORMACIÓN DEL DISCURSO LITERARIO. LA CULTURA COMO UNA FORMA DE ESTADO.

- 6.1. Consolidación de las formas democráticas en la sociedad española
 - 6.1.1. Economía
 - 6.1.2. El movimiento socialista en la transición
 - 6.1.3. Sociedad
 - 6.1.4. Creación de una cultura de consumo
 - 6.1.5. Una máxima en literatura: «Atomiza y vencerás»
- 6.2. Fractura de las redes sociales: El individualismo
 - 6.2.1. Consumismo
- 6.3. El monstruo que hemos engendrado: Sociedad industrial avanzada y producción capitalista desregularizada
- 6.4. La fabricación del consenso: Los medios de comunicación
- 6.5. Ese codiciado objeto de deseo: El libro y sus formas de lectura
- 6.6. Tejer redes de libertad: Los nuevos movimientos sociales (NMS)
- 6.7. La utopía realizable: Para una subversión del dogma establecido



Los individuos tienen que estar atomizados, segregados y solos; no puede ser que pretendan organizarse, porque en ese caso podrían convertirse en algo más que simples espectadores pasivos.

Noam Chomsky

6.1. CONSOLIDACIÓN DE LAS FORMAS DEMOCRÁTICAS EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA.⁴⁰⁸

La transición española supone la traslación de un régimen autoritario altamente institucionalizado como es el franquista hacia otro en vías de democracia constitucional, con el consiguiente proceso de desmantelamiento de muchas de las instituciones que habían operado desde la legalidad vigente; este proceso acarrea una *ruptura* tajante con el pasado legitimado por el anterior sistema, al tiempo que otorga una legalidad al presente que se está gestando día a día (Linz, 1996, 27). Más allá de esta opinión cuestionada por algún que otro estudioso, gran parte de los historiadores concuerdan en el consenso alcanzado durante la transición por los protagonistas políticos e instituciones implicadas, así como su perfecta coordinación para el buen logro de la misma. Tras las elecciones del 15 de junio de 1977, una vez formado el nuevo gobierno de base parlamentaria, se pone la primera piedra en lo que se ha dado en llamar la transición española, merced al acuerdo de no exclusión en el mismo proceso electoral de ninguna de las fuerzas políticas representativas, incluida la legalización del Partido Comunista: paso éste decisivo para la consecución de su éxito. Es con la aprobación de la Constitución de 1978 cuando hace su aparición el momento de máximo consenso parlamentario y electoral, determinante del normal funcionamiento de las instituciones democráticas. La conclusión del proceso democrático queda fijada (Linz, 1996, 30-1) en el momento en que se aprueban los referendos de los Estatutos vasco y catalán, tras una prefiguración moderna del Estado español, como lo conocemos hoy. La liquidación del

⁴⁰⁸ A falta de una visión preclara de la reciente historia española, en el presente apartado nos ha guiado, aunque desde una visión crítica, parte de la apenas bibliografía existente en el mercado, generalmente producida por los historiadores oficiales o ampliamente aceptados en los sistemas masificados de dominio del saber actuales. En lo concerniente a la historia política y social nos hemos servido de algunas de las visiones de los estudios vertidos en el libro recopilatorio *Historia de la transición. 1975-1986*, publicado por Alianza Universidad en 1996, actuando como editores Javier Tusell y Álvaro Soto. Los textos de los diferentes historiadores internacionales que componen el volumen forman parte de un «Congreso Internacional sobre Historia de la Transición y la Consolidación Democrática en España» realizado en Madrid a finales de 1995. El mismo volumen va precedido de un Mensaje leído por el Rey de España Juan Carlos I en el momento de su inauguración. Como dato, reseñamos que en la cubierta del libro aparecen las figuras del Rey y de Adolfo Suárez. Contrapunteando a esta visión actúa la de Luis de Velasco, una valiosa opinión, desde la autocrítica, sobre la evolución política del Estado durante los trece años de gobierno socialista. Resulta difícil en la actualidad encontrar otras visiones (diferentes a la primera) menos afectadas por el cariz oficializado con que se nos ha propagado (desde toda clase de medios de comunicación como el televisivo o la prensa) una cierta imagen benévola de la transición para abordarla desde una visión desprejuiciada, amplia, crítica, bien que en los últimos meses comienzan a aparecer una serie de libros de esta índole, publicados incluso después de haber abordado aquí el tema. Reseñamos, pues, desde una perspectiva del movimiento anarquista el libro de José Luis García Rúa *Reflexiones para la acción: una visión libertaria de la Transición*. Su sugerente planteamiento subvierte el estado de la cuestión de la línea de investigación oficialista de la transición cuando, lejos de afirmar la ruptura con el régimen anterior, afirma una situación actual que llama *postfranquismo*, por haberse practicado un cambio formal en el régimen pero continuista en cuanto al contenido.

golpe de Estado del 23 de febrero de 1981 por los tribunales democráticos será la prueba definitiva de la plena legitimidad institucional de un gobierno democráticamente elegido.

En muchos de los países latinoamericanos así como los del área mediterránea, los ochenta constituyen la llamada «década perdida», al tener lugar en ese periodo gran parte de las transiciones democráticas, asumiendo las democracias nacientes importantes responsabilidades en cuanto a la recuperación de la calidad de vida y el desarrollo del tejido social⁴⁰⁹. Se ha vehiculado el paso desde unos regímenes militares (décadas 60 y 70) de matriz socioeconómica clásica asentada en el populismo político a otras formas de gobierno conformadas por regímenes llamados democráticos (años 70-80). En la época dictatorial se afirmaban los impulsos nacionalista y desarrollista propios de esas décadas, modernizadores del contexto europeo, con una industrialización creciente orientada al mercado interior desde un dirigismo político altamente presente en las clases medias, y una presencia poderosa del estamento militar en el poder político que pronto enfila el camino de la recomposición capitalista y su reinserción en la economía mundial, de modo que cualquier tentativa de movilización de fuerzas sociales quedaba erradicada desde su raíz; la transición política española permite la nada desdeñable activación de los partidos políticos (que habían operado muchos de ellos durante el régimen anterior en la clandestinidad) entre los cuales se hallan algunos de izquierdas con una gran tradición a cuestas, acostumbrados a desenvolverse a la sombra de la ilegalidad. Desde el fin de la segunda guerra mundial ha prevalecido una especie de *paradigma occidental* (Díaz Gijón, 1996, 100) con vocación de universalidad expansiva, precisamente en un período de gran estabilidad política y económica para la Europa desarrollada, finiquitada con la caída del muro de Berlín y el hundimiento del comunismo a fines de los ochenta; este proceso halla su fundamento en la lógica democrática de una economía de mercado omnipresente en esa civilización europea primermundista. Con la caída del comunismo, el capitalismo liberal ya no será el mejor sistema sino el único, ante el vacío definitivo creado en la lucha cívica interna de los diversos países, tras la legitimación de muchos regímenes democráticos una vez puesta en entredicho la legitimidad autocrática anterior.

El modelo *reformista*⁴¹⁰, como ha sido denominado el español, en lo referente a la transición política y económica vino escalonado. A partir de mediados de los 70 no sólo

⁴⁰⁹ Esto mismo es lo que defiende Manuel Antonio Garretón cuando niega tajantemente la correlación que muchos pretenden establecer entre democratización de una sociedad a través de su pertinente periodo de transición y consolidación de una economía de mercado, llegando a afirmar (de esa década) globalmente que “No nos olvidemos tampoco de que la mayor parte de las transiciones se da en la década de los ochenta, considerada la «década perdida» en términos económico-sociales, lo que significa que se le asignaba a las nuevas democracias grandes responsabilidades en materia de recuperación de niveles de vida y de desarrollo social.” (Garretón, 1996, 49).

⁴¹⁰ Algunos historiadores lo plantean en términos de *ruptura pactada* bien que lo creamos más que dudoso por cuanto que en ningún momento se rompió con la dinámica de los estertores finales del

se produce un cambio de régimen sino todo un cambio de mentalidad en la sociedad española, que a decir de Tusell (1996, 124) es tanto o más determinante que el económico, por cuanto que la modernización por sí misma no produce estabilidad. Según el historiador, el rey había tenido claro desde el inicio su programa democratizador para la sociedad española a través de los medios a su disposición que no eran otros sino la legislación vigente; su padre había sido un firme opositor al régimen de Franco, desde el tiempo en que éste le había proclamado sucesor de la legitimidad de su régimen, resolviéndose —seguimos a Tusell— a través de un tacto especial en las relaciones con el advenimiento de la democracia. La promulgación de la Constitución el 19 de diciembre de 1978 y las primeras elecciones generales democráticas el 1 de marzo de 1979 abrieron el final del consenso político alcanzado durante la transición (Martínez Lillo, 1996, 175), entre otros motivos porque se había llegado a lo que muchos estudiosos llaman una *maduración política del pueblo español* de tal modo que las discrepancias eran posibles ser expresadas por cauces democráticos previstos en el propio sistema. A partir de entonces ocurre un triunfo socialista holgado, en octubre de 1982, marcado por la esperanza de un eslogan que sabe recoger el sentir mayoritario del pueblo español: «Por el cambio».

La Primera fase de la transición está regida por el gobierno de Adolfo Suárez desde julio de 1976 hasta febrero de 1981, con la adopción de un programa básico de replanteamiento de la política exterior y el recurso continuado a la práctica del consenso; es una búsqueda de la legitimación democrática (bien que sea formal) a través de la proyección externa del propio Suárez. Los objetivos a conseguir serán la universalización de las relaciones diplomáticas españolas, el respeto a las normas del Derecho Internacional y los principios de Naciones Unidas, el fortalecimiento de la paz y la seguridad mediante la distensión, el desarme, la defensa de los derechos humanos y un orden económico internacional justo y equitativo; estrechar relaciones con los países europeos y mantenimiento de la cooperación con Portugal; integración en las comunidades europeas y sus instituciones; desarrollo de las relaciones de amistad y cooperación, y su contribución al sistema defensivo occidental con los EE.UU. sobre la base de la necesaria equidad del vínculo mutuo; intensificación de las relaciones con todos los pueblos de iberoamérica, revalorizando con realismo las ideas y los hechos que unen a aquellos con España; favorecimiento de la seguridad y el entendimiento entre los países ribereños de la cuenca mediterránea, reiterando la política de amistad con los pueblos árabes, compartiendo sus causas justas; restauración de la integridad territorial en el caso de Gibraltar; revisión del Concordato con la Santa Sede (Martínez

régimen anterior. Todo lo más se practicó una reforma escalonada a partir de la búsqueda del consenso entre las diferentes fuerzas políticas. Seco Serrano habla con la misma impropiedad de una “prudente «ruptura en continuidad» culminada por Adolfo Suárez” (1996, 138), cuando creemos que el cambio de régimen lo es en lo formal, que no en lo profundo o cuantitativo.

Lillo, 1996, 164). Hay en todo ello una concepción novedosa de la política como un elemento más del sistema democrático, acabando por normalizarse las relaciones exteriores diplomáticas con países pendientes en la Europa del Este, hispanoamérica y la cuenca del mediterráneo.

Entre las transformaciones socio-políticas llevadas a cabo en el proceso de la transición a la democracia, se conforma una nueva división territorial fundada en la idea de un Estado nacional (al menos en lo formal) distinto al franquista, que había estado marcado por el unitarismo centralista peninsular bajo las esencias de la vieja Castilla imperialista. De alguna manera se retoma el mapa territorial que se había gestado durante la república y abortado por la sublevación militar del bando nacionalista, pero será una apuesta radicalmente distinta a las habidas hasta entonces, realizada por la búsqueda del consenso y a una velocidad vertiginosa⁴¹¹.

Un Estado históricamente unitario y centralista se transformó en descentralizado al quedar conformado por 17 comunidades autónomas y dos ciudades autónomas, merced al nacionalismo: uno de los elementos políticos más determinantes del desarrollo socio-político de la transición. El nacional-catolicismo del franquismo dio paso a una serie de nacionalismos periféricos, donde la ensalzada España, encubridora de realidades históricas precedentes, ahora servirá para negar esta entidad decididamente transformada en una vertebración estatal de nacionalidades⁴¹². A decir de Juan Pablo Fusi, las autonomías aparecieron a partir de 1975 como una exigencia de la integración eficaz del nuevo Estado naciente, con una institucionalización de las mismas que, aunque difícil, complicada y controvertida, no fue más que una inevitable necesidad, una salida hacia adelante de «nuestro problema nacional» (Fusi, 1996, 444 y 464).

Aun con todo, las autonomías y ayuntamientos se han ido constituyendo en forma de poderes clientelares subordinados al central, incluso válidos para Cataluña y el País Vasco hasta cuando el PSOE se vea obligado a pactar políticamente con los respectivos

⁴¹¹ Matiza Sepúlveda: “La plasmación jurídica de este cambio se encuentra en el artículo II de la Constitución española, que enfatiza que ésta «se fundamenta en la indisoluble unidad de la Nación española, patria común e indivisible de todos los españoles, y reconoce y garantiza el derecho a la autonomía de las nacionalidades y regiones que la integran y la solidaridad entre ellas». Artículo que tiene en el Título VIII su desarrollo pormenorizado, al tiempo que institucionaliza las Comunidades Autónomas y establece el proceso de elaboración y aprobación de los estatutos respectivos, las instituciones legislativas y ejecutivas propias de cada Comunidad y las potenciales competencias que alcanzarían en su desarrollo.” (1996, 409).

⁴¹² A este respecto Sepúlveda opina que: “además de la manifiesta descentralización política y administrativa, desde el punto de vista de los nacionalismos la principal virtualidad del sistema autónomo ha sido la de crear un marco político susceptible de encauzar la mayor parte de las reivindicaciones, aspiraciones y emociones nacionalistas y regionalistas, y además haciéndolo compatible con el fortalecimiento del Estado y de la propia identidad española.” (1996, 414).

partidos nacionalistas para afrontar las nuevas legislaturas según imposición de las urnas.

Respecto a sus implicaciones artísticas, la cultura pasa por una descentralización y una organización territorial de acuerdo al nuevo esquema surgido de la transición. La plural realidad de nuestra cultura pasa por una serie de revistas adscritas a diferentes ámbitos geográficos (*Cuadernos del Norte* en Asturias, *Syntaxis* en Tenerife, *Fin de siglo* en Jerez de la Frontera, *Las nuevas letras* en Almería), así como una generosa subvención por parte de diputaciones provinciales, consejerías del ramo y ayuntamientos diversos. Pero el gobierno central ha mantenido una pugna sin cuartel en forma de recelo contra los nacionalismos periféricos (sobre todo con el catalán y el vasco), al manifestar los jóvenes recién llegados (socialistas) una idea de Estado nacional fuerte.

6.1.1 ECONOMÍA

Al proceso de expansión y cambio económico iniciado en los sesenta se le añade la cambiante situación económica internacional coincidente con la transición española (García Delgado, 1996, 237). Con la crisis internacional de los años 70 se pone de manifiesto la herencia recibida del pasado más reciente, no sólo por la fuerte dependencia energética sino por las deficiencias organizativas que registran las áreas institucionales y mercantiles, donde en el sector financiero la banca es más poderosa que eficiente al estar lastrada por un pasado autoritario que no acaba de sacudirse (la crisis financiera de finales de los 70 la afecta, además de hacerlo en un sistema tributario público arcaico y obsoleto para los nuevos tiempos). A ello se le añade una rápida elevación del nivel de vida del pueblo español, su acceso a los bienes y servicios de las sociedades modernas resultado de una prosperidad económica amplia, dentro de una sociedad que vive una dinámica cambiante permanente; se registra un crecimiento acelerado de núcleos urbanos, cambios en las pautas religiosas y culturales, que marcan un proceso de modernización social ejemplar en la Europa mediterránea del XX. Al margen de los problemas de articulación y desarrollo de la estructura productiva en un país que desde hace algunos años conoce el cambio económico, social y cultural, en el último tercio de los 70 se vive en todos los ámbitos una transformación social sin precedentes, renovando patrones demográficos, económicos, sindicales y pautas de comportamiento.

En los ochenta se practica una política de saneamiento y ajuste económico hasta el punto de alcanzarse el objetivo primordial de la entrada en los mecanismos institucionales europeos (fase abierta en la Cumbre de Stuttgart en junio de 1983 y culminada en la primavera de 1985 tras la firma de adhesión con el Tratado del 12 de junio). La herencia económica del franquismo así como la cambiante situación de la

economía internacional influyen en la de la transición española. En la década de los 80 ocurrirá una influencia favorable del contexto económico internacional en el que paulatinamente se va insertando España, con una progresiva revitalización económica conforme se integra y converge en las estructuras continentales bajo las pautas de una nada fácil adaptación comercial (García Delgado, 1996, 240). Éste distingue tres fases claramente delimitadas de esta etapa económica; la primera de ellas abarcaría desde el franquismo, en 1973, hasta la reafirmación de la democracia en 1978, marcada por el encarecimiento del precio del petróleo y de otras materias primas que afectaron a los precios en general y sus costes, atenuada de nuevo tras una fuerte subida del crudo en 1979; la segunda etapa —que abarca hasta 1982— se caracteriza por el combate de la inflación y la aceleración de los ajustes estructurales con el fin de reactivar a medio plazo la economía, practicando una flexibilización del mercado. A partir de 1982 se da un fuerte crecimiento económico con la consiguiente activación del consumo privado y de la inversión productiva, que irá en aumento en la segunda mitad de los ochenta; consecuencia de ello serán las mejoras en partidas presupuestarias, progreso en el control de la inflación y un saneamiento financiero de las empresas con relanzamiento de la inversión productiva y recuperación del mercado laboral.

Hasta 1977 la economía viene marcada por una cierta pasividad no exenta de una mayor precariedad política vivida ante el desfile de gobiernos que confieren una sensación de interinidad, y el impulso de planes de expansión (a finales del franquismo) de líneas y plantas de producción sin razón de ser en ese momento (industria naval y siderurgia). A partir de 1977, el nuevo gobierno constitucional toma urgentes medidas económicas para frenar el deterioro de la economía franquista. En un momento de grandes zozobras políticas, la economía no deja de recoger el pulso político en la debilidad de una administración mediatizada por la dimensión de los acontecimientos políticos. Ello conlleva, pese a ciertos logros de consenso entre sindicatos y fuerzas políticas, un retraso respecto al proceso adaptativo europeo y a las nuevas condiciones del mercado internacional. A partir de 1980 se generalizan los problemas de suspensiones de pago, quiebras, cierres y reducciones de empresas, con una reconversión de ciertos sectores lastrados desde el franquismo⁴¹³. La holgada mayoría del PSOE en las elecciones de 1982 se traduce en una estabilidad política que impregna la faceta económica hasta el punto de que la política económica española recobre capacidad de iniciativa como no la había tenido en el período titubeante precedente. Se

⁴¹³ Marín Arce aclara a este respecto: “Fue entonces, a partir de junio de 1977, cuando empezaron a plantearse los primeros planes de reestructuración industrial, cuya necesidad era plenamente compartida por las centrales sindicales, deseosas de acabar con la oleada de expedientes de crisis que afectaban a numerosas empresas. Sin embargo, hasta 1981 no comenzó el tratamiento sectorial de la reconversión, pues hasta ese año las medidas gubernamentales frente a la crisis industrial se habían limitado a una serie de ayudas estatales a empresas con graves problemas financieros y a un tímido plan de reestructuración de los grandes astilleros públicos en julio de 1978.” (1996, 305).

reimpulsa en España una política de ajuste y corrección de desequilibrios prolongados en el tiempo⁴¹⁴. A partir de entonces, comienza una etapa de fuerte expansión productiva en la segunda mitad de los ochenta. Los ambiciosos planes de convergencia económica, política y social respecto a Europa aprovechan el tirón de una situación de macroeconomía mundial expansiva y de apertura en los diferentes sectores como puedan ser la banca y los sectores financieros, bien que el ajuste repercutiera en una tasa de paro que doblaba la europea, con un sistema deficiente de cobertura del desempleo; problemas añadidos fueron el de un sector público que creció rápidamente en el período de la transición, aumentando su capacidad recaudatoria con la reforma tributaria y duplicando los gastos sobre el PIB, sometiendo el sector público a una reorganización territorial como requerían los nuevos tiempos y las carencias de muchos tipos, entre otros los problemas graves de gestión.

Los efectos de la etapa de expansión económica se dejan notar con una distribución más igualitaria de la renta que permitiera al ciudadano medio participar en la revolución del consumo, a decir de Malefakis (1996, 357-8), con la consiguiente atenuación de la pobreza histórica del sur europeo al tiempo que unos mayores niveles de vida, por lo que el radicalismo político de antaño desaparece ante el panorama de prosperidad: “la inmensa mayoría tenía alguna razón para apoyar la preservación del orden de cosas existente.” (1996, 357-8). Pero en el fondo no era más que una política para ganarse el conformismo de un amplia clase media, además de ciertas élites dirigentes y núcleos de poder financiero, como nos advierte Luis de Velasco. Los medios de comunicación que comienzan a desarrollarse en esta nueva sociedad moderna (radio, cine, periodismo) podrán estar al alcance de una amplia población —antes con una difusión limitada—, por no mentar el medio de comunicación por antonomasia desarrollado en los sesenta que es la televisión, con una capacidad de influencia generalizada, hasta entonces desconocida por cualquier otro medio de difusión. A partir de ahora las ideas podrán llegar con una celeridad inusitada sobre todo a los núcleos urbanos, que habían crecido desafortadamente desde que en los sesenta se registrara una expansión demográfica masiva, acompañada de un fenómeno de desruralización y corrientes migratorias hacia los núcleos urbanos ávidos de mano de obra para una industria creciente: la emigración europea junto con la nueva explotación comercial de turismo generan una cantidad de divisas sin precedentes en la historia (Malefakis, 1996, 358). En lo religioso, se participa del carácter general de la época con un fuerte movimiento de liberación eclesial que parte desde el seno de la iglesia católica desencadenado tras el Concilio Vaticano II de Juan XXIII, con una incidencia fuerte en la península, puesto que la

⁴¹⁴ En opinión de García Delgado: “Una política que, en su diseño a grandes trazos, fue tan poco novedosa como probablemente inevitable, dado el lento avance de los años anteriores; y una política que, en su ampliación y puesta en práctica demostró resolución y tenacidad, aunque generando elevados costes sociales y presupuestarios.” (1996, 248-9).

iglesia “dejó de ser la guardiana monolítica de los valores regresivos y se abrió a ideas compatibles con el cambio democrático.” (Malefakis, 1996, 359). Resultado genérico de todo ello será el cuestionamiento de toda forma autoritaria e intolerante, la promoción del pluralismo y de los derechos individuales, la confianza del avance en los diferentes campos humanos y la idea de que el progreso podía al fin ser alcanzado por medios democráticos.

La década de los ochenta, desde el inicio de la presidencia de Reagan en EE.UU., ha sido una continuada ofensiva de las fuerzas conservadoras tras el éxito de las medidas de reconversión que alimentaron renovadas posibilidades al capitalismo tardío. Esta ofensiva ha pasado de hacer propia una cierta apología indirecta del sistema capitalista a la afirmación narcisista de la glorificación abierta del mismo: “El eslogan posmoderno *la vanguardia es el mercado* resume bien esta ofensiva de dimensiones desconocidas desde el final de la Primera Guerra Mundial.” (Fernández Buey, 1995, 182). Las bases en las que se han apoyado son muchas, entre las más importantes destacan el agresivo aumento del gasto militar (que puso a la Unión Soviética contra las cuerdas en poco más de un lustro) y una decidida defensa de lo privado (oligárquico) de la cosa pública: “El instrumento principal de esta ofensiva neoconservadora ha sido el desmantelamiento del Estado asistencial mediante políticas económicas neoliberales experimentadas primero en EE.UU. y el Reino Unido y aceptadas luego, con algunas variantes, en toda Europa. Requisito elemental de la ofensiva neoconservadora y neoliberal: el debilitamiento de las fuerzas obreras y sindicales en todos aquellos lugares en que éstas habían resistido previamente el proceso de reconversión tecnológica.” (Fernández Buey, 1995, 182). La izquierda tradicional intentó navegar entre la tempestad de un capitalismo a la ofensiva desde principios de los 80, concretando en primer lugar su noción y ubicación de izquierda social y política, claudicando ante una redefinición de izquierdas dentro del sistema capitalista⁴¹⁵.

En lo económico, los ochenta se caracterizan por la mundialización de la economía con el consiguiente aumento de la lucha por los mercados de bienes y servicios, bajo el agravante del lastre de un sector importante de la sociedad parada. Las repercusiones del ajuste económico practicado fueron de un fuerte desempleo, en especial en sectores como el textil (1/3 de los trabajos destruidos en la industria), en la metalurgia (con un 25% del total), y en menor medida en la minería: todos ellos con importante implantación sindical. Por contraste, proliferan como hongos las actividades sumergidas, con lo que nos hallamos ante un cambio radical en las formas de comportamiento del mercado de trabajo, neutralizándose la fuerza sindical mediante

⁴¹⁵ Este sentir lo expresa perfectamente Fernández Buey en la frase siguiente: “*la izquierda pragmática así concebida es, en realidad, la mano izquierda de la derecha política.*” (1995, 184).

estas prácticas de intervención laboral estatales⁴¹⁶; por lo general, en la democracia “se abandonaron parte de las prácticas intervencionistas ejercidas durante la dictadura, favoreciendo el principio de liberalización de las relaciones de trabajo.” (Soto Carmona, 1996, 376).

La creciente integración de nuestra economía en la mundial, en especial en la de la Unión Europea, supone el añadido de numerosas cesiones de soberanía además de una menor capacidad de maniobra en las decisiones y en las políticas a aplicar: los márgenes de operatividad residen en la políticas de oferta, que no ya de demanda. Al tiempo que se practica una mayor presencia de lo público en la economía, por contrapartida aumenta progresivamente la importancia del mercado y de la empresa privada: es decir, desmontaje de duros mecanismos intervencionistas en pos de un ambiente y una normativa de parte del empresariado cuando, a decir de Velasco, esta iniciativa privada no ha sido capaz de generar puestos de trabajo⁴¹⁷.

Tras 1987 comienza una nueva etapa caracterizada por el fuerte crecimiento del PIB, prolongado hasta comienzos de la década de los 90. Como modo de descongestión interna se busca la vía de inversiones de capital extranjero con compras masivas de empresas españolas (se populariza el eslogan «España está en venta»), inversiones en bolsa en especial mediante la emisión de deuda pública, un esquema circular que genera déficit presupuestario con una política monetaria restrictiva de tipo de intereses altos, con una política económica que pretende favorecer los beneficios empresariales y los estrictamente especulativos (se acuña la frase de que España es el país donde más rápidamente se puede hacer dinero) con una entrada masiva de inversión extranjera que aprecia la peseta. A tenor de ello, ocurre una recuperación de la economía interna con el desmantelamiento del proteccionismo tras el ingreso en la CEE, lográndose un rápido crecimiento del PIB, con lo que la resolución de los problemas económicos no es más que una operación ficticia según el análisis de Velasco:

Cuando la economía europea entra en la fase descendente del ciclo en 1991-92 el castillo de naipes (baraja española) se viene abajo tras los gastos y despilfarros del 92 y el hombre de la calle,

⁴¹⁶ “La «solución» establecida implicó un claro apoyo a los dos grandes sindicatos de ámbito estatal; con ello se trataba de modelar un mapa sindical determinado y evitar la proliferación de sindicatos que alterasen la paz social o apostasen por posturas radicales. Al fin y al cabo, como expresaron reiteradamente miembros de los diferentes gobiernos, la paz social tenía un precio y éste había que pagarlo.” (Soto Carmona, 1996, 396). El proceso de transición y consolidación democrático generó un reforzamiento de los sindicatos «más representativos» hasta el ingreso en la *Comunidad Económica Europea* con el fin de la política de concertación social y una ruptura del PSOE con el feliz maridaje que había mantenido hasta entonces con el sindicato socialista UGT.

⁴¹⁷ Velasco profundiza en este aspecto: “...en los últimos quince años han descendido los puestos de trabajo en el sector privado y han aumentado en el público. Pero sobre todo han aumentado los parados y los jubilados. Las cifras son expresivas y dramáticas. El sector privado ha expulsado mano de obra, la tendencia desindustrializadora ha seguido creciendo y el peso del sector servicios —y dentro de ellos los servicios no tecnológicamente avanzados— han aumentado [...] muestra palpable de una economía poco competitiva y con una muy compleja inserción en una economía mundial cada vez más abierta y difícil.” (1996, 19).

naturalmente, no entiende nada. Porque resulta que los males de siempre, ocultos en la euforia y la especulación, están ahí y salen a la luz descarnados: baja productividad, inflación persistente, gasto público incontrolado y siempre diferente al presupuestado, pertinaz fraude fiscal [...], temporalidad en el empleo [...], escuálidos recursos públicos y privados para I+D, formación profesional más que deficiente, escasa exportación por habitante.” (Velasco, 1996, 22)

Hacia 1991-92 se inicia la tercera etapa caracterizada por un ínfimo crecimiento del PIB, el fuerte aumento del paro⁴¹⁸ y las devaluaciones, acuerdos políticos inevitables de gobernabilidad con CiU tras las elecciones del 93 (todo posible acuerdo con IU es descartado *a priori*), lo que traducido en materia económica se interpreta como un mayor abandono del proyecto socialista o socialdemócrata inicial. La política económica del gobierno socialista está marcada por una economía mixta que combina el sistema tributario-recaudatorio (pero no equitativo a través del reparto de la riqueza o la persecución del fraude) con los presupuestos de una administración pública cada vez más omnipresente.

Con vistas al electorado se practica una política de escaparate que aparenta ser ineludiblemente «responsable» y que transmite serenidad, confianza, tranquilidad a los centros de poder (económicos en especial) y a las capas medias, con un lenguaje populista que permite aglutinar votantes en un espectro que recorre los sectores menos ilustrados de la población, que votan por inercia a «quien manda»: “Si antes del 82 e inmediatamente después, el PSOE es el partido de las clases y capas urbanas e ilustradas, desde hace años y hasta hoy es el partido de los jubilados, las gentes del campo y los menos ilustrados.” (Velasco, 1996, 26-7). El objetivo prioritario que atisba el PSOE será ganar elecciones y mantener sus cotas de poder, practicando incluso la dialéctica de que si se ganan elecciones es porque las cosas funcionan (la política, pues, es revalidada automáticamente por el electorado sin mayor preocupación que la de pasar estos procesos electorales para tener manga ancha y vía libre hasta dentro de 4 años): la victoria electoral legitima toda clase de actuación política⁴¹⁹. No hay una voluntad manifiesta en ningún momento de enfrentarse a los grandes poderes, ni externos (al fin

⁴¹⁸ La precariedad del empleo genera consecuencias desastrosas como son la segmentación del mercado laboral, la imposibilidad de desarrollar la formación profesional, el aumento del índice de siniestralidad laboral —el nivel más elevado de la OCDE— y la caída del consumo ante los bajos salarios, el paro y el miedo a la desprotección (Velasco, 1996, 23).

⁴¹⁹ En un lúcido ejercicio de autocrítica difícilmente visible en sus compañeros de partido, Luis de Velasco llega a explicar los objetivos de permanencia en el poder del partido en el que militó: “Ese objetivo de ganar para mantenerse en el poder, ocurre porque cada vez más militantes del PSOE y compañeros de viaje, no tienen otra alternativa profesional y vital que la de perpetuarse en el aparato de poder en el que están. Y si tienen otra alternativa, es muchísimo peor. Ante esta situación los planteamientos ideológicos, incluso los éticos, se debilitan y, en muchos casos, desaparecen. La desideologización y el pragmatismo se imponen. Prima la «eficacia», los resultados (del PIB y los electorales).” (Velasco, 1996, 27). Pero bajo esta pretendida desideologización aparente se esconde un pragmatismo en los planteamientos ideológicos que no deja de ser ideológico: llámese, como hace Velasco, una apenas perturbación de los poderosos, un cambio mínimo del estado de las cosas, o travestimiento con pequeños toques progresistas de la realidad y sus problemas para que al fin y al cabo el esquema de poder permanezca tal cual. De hecho, pronto la producción de teoría ideológica y su pertinente reflexión interesan cada vez menos, e incluso son cada vez más molestas.

y al cabo la transición, según Velasco, tuvo lugar merced al diseño, las indicaciones y presiones de EE.UU. y Alemania [Velasco, 1996, 28]) ni internos, como es la tradicional operatividad económica o al emergente de los medios de comunicación. Se prioriza toda preferencia en los asuntos económicos sin la menor vacilación o previsión de sus efectos sociales (a pesar del insistente «giro social» demandado por los sindicatos), dando cancha a los sectores empresariales frente al alejamiento fuera del área de influencia de cualquier atisbo sindical. Las características del modelo de política económica socialista, según Velasco, serán el trasvase de rentas al excedente empresarial y la presencia del capital extranjero para reducir el tradicional estrangulamiento de la balanza de pagos: “Como mecanismo compensador en lo económico y legitimador en lo político, el gasto público crece vertiginosamente, con escaso control e incluso sin conocimiento exacto de las cifras presupuestarias, que cada vez cuentan menos como previsión.” (Velasco, 1996, 20-1).

La reafirmación europea se sustenta (el llamado proceso de convergencia del tratado de Maastricht, eje central de la Unión Económica y Monetaria [UEM]) sobre el pilar económico con dos importantes ramificaciones como son el neoliberalismo y el monetarismo sin apenas atención a los efectos sociales. Se privilegia cualquier dominio del aspecto monetario sobre el estancamiento de la dimensión social⁴²⁰. La entrada en junio de 1989 de la peseta en el mecanismo de cambios del sistema monetario europeo (a un cambio alcanzado de 65 pesetas el marco) ha lastrado en lo sucesivo a la economía española, pues a decir de Velasco su contribución antiinflacionista fue insignificante y sin embargo sirvió como estímulo negativo a las exportaciones de bienes y servicios, pero positivo para las importaciones de bienes, lo que traducido en lenguaje laboral corrobora una destrucción (además de no creación) creciente del empleo: “El proceso de integración de los países que forman la Comunidad Europea alcanza en los inmediatos años unos momentos clave de cesión de soberanía económica y de efectos en sus economías y sociedades.” (Velasco, 1996, 43). Si a ello sumamos los sacrificios de la convergencia de Maastricht en un camino tortuoso en sus resultados, obtenemos un balance más que dudoso cuando la Europa de los mercaderes se ha transformado en el signo de moda del conservadurismo político y su correlato económico el liberalismo. La dimensión social ha sido definitivamente sustituida por la económica hasta el punto de estar poniendo las bases para un nuevo poder supremo en forma de parámetros monetarios autónomos frente al legislativo y el ejecutivo, es decir, frente a los electores. Es la construcción de una comunidad regida por parámetros prácticamente económicos que tienden a exacerbar las desigualdades sociales, con mayores injusticias e

⁴²⁰ En palabras de Velasco: “Fueron principalmente los grandes intereses económicos los que dieron el impulso inicial al mercado único interior. La competitividad, nuevo becerro de oro, preside todo el proceso. Los efectos sociales y la cohesión tienen mucha menos importancia. El paro es variable residual del modelo.” (1996, 31).

insolidaridades a causa de las crecientes bolsas de pobreza, añadidas a una inmigración desde el sur que cree encontrar la panacea: "...recogen la cultura económica imperante de origen norteamericano y aplicación «reaganiana» y «thatcheriana», criterios basados en la fe ciega en el mercado y en la presentación sesgada de los fallos del sector público y que son no tanto una cultura como una ideología económica presentada bajo el ropaje de la desideologización, el pragmatismo y la eficacia." (Velasco, 1996, 50). Es la creencia absoluta en un mercado desregulado, sin confianza alguna en la intervención del sector público que engrasa la maquinaria de la convergencia europea, donde el crecimiento lo justifica todo, pero sobre todo el bienestar: se abandona la vieja concepción del Estado productor (protector y regulador) para pasar a un mercado generador por sí de la riqueza, con todas las consecuencias que ello acarrea. En palabras de Luis de Velasco, se produce un *desmontaje parcial del estado de bienestar* con el fin de practicar un alivio fiscal (búsqueda de ingresos mediante privatizaciones) y asegurarse el comercio internacional aumentando el proteccionismo con un comercio dirigido, lo que conlleva un modelo económico que ha lastrado al resto de la sociedad en sus diferentes vertientes:

BIBLIOTECA VIRTUAL

Todo el modelo económico construido en la década pasada mostró su fuerza en el período 86-90 en la estela de una económicamente favorable coyuntura internacional (precios bajos del petróleo, comercio internacional rápidamente creciente, crecimiento de los países occidentales, entrada de capital extranjero en nuestro país, etc.). Pero esa fase alcista al mismo tiempo permitió ocultar las tradicionales y las nuevas debilidades de ese modelo (escasa competitividad agravada por un tipo de cambio absolutamente irreal desde la entrada en el SME en junio de 1989, tendencia estructural a la inflación, baja exportación por habitante, baja productividad, dificultad de inserción en el esquema de las viejas y las nuevas ventajas comparativas en el mercado mundial, desprecio por el sector real de la economía en beneficio del financiero, de la especulación y de los negocios rápidos, débil capacidad de creación de puestos de trabajo incluso en las fases alcistas del ciclo, etc.) que finalmente se vino abajo estrepitosamente cuando la coyuntura internacional cambia." (Velasco, 1996, 80-1)

Traducido esto a los más amplios sectores de la población y a las más diversas capas sociales conlleva la transmisión de una serie de valores de los que sólo el poder, y el partido que sustenta al gobierno, divulga en forma de cuanto Velasco llama «estímulos sociales» como son la filosofía servil de la respetabilidad, la admiración, o la capacidad de liderazgo e imitación, el culto al dinero («tanto mejor cuanto más rápido») que justificaron una serie de conductas erigiendo a quienes las alentaban en líderes sociales (véase el caso de Mario Conde o Javier de la Rosa), muchos de ellos hoy caídos en desgracia ante las revelaciones de ingentes especulaciones económicas que les ha llevado a acaparar importantes fortunas de la noche a la mañana como por arte de magia: la llamada «cultura del pelotazo», una nueva clase bautizada bajo el anglicismo modernizante de *beautiful people*, exhibidora impúdica de sus valores dominantes. Todo ello en medio del poder absoluto que han sido capaces de concentrar una serie de medios de comunicación. De hecho, concluye tajantemente Velasco que la UE no vale

la pena tal y como hoy está diseñada al estar “basada en el economicismo, la insolidaridad y el egoísmo.” (Velasco, 1996, 126).

6.1.2. EL MOVIMIENTO SOCIALISTA EN LA TRANSICIÓN

Tras la muerte de Franco, la historia de las diferentes organizaciones socialistas viene caracterizada por el signo de la «transición dentro de la transición» (Mateos, 1996, 216); la historia interna y reformulación ideológica del PSOE pasa por la lucha de las diferentes facciones y su posterior *conversión* ideológica de los líderes socialistas tras una presunta refundación llevada a cabo en el Congreso de Suresnes de 1974⁴²¹. Frente a un PCE fuerte y consolidado con una amplia red de plataformas y juntas de apoyo, por el contrario el PSOE de 1975 se presentaba debilitado por una militancia durante la dictadura muy baja, el fracaso del aglutinamiento del neosocialismo, la ruptura de negociaciones con USO y la proliferación de nuevos grupos regionales socialistas. 1976 es el año que marca una manifiesta inflexión de fuerzas, ante la presencia cada vez mayor en la Plataforma de Organismos Democráticos que negociaba con el gobierno de Suárez, donde el PSOE acabó equilibrando sus fuerzas con las otras de izquierda como los comunistas, ante los apoyos internacionales a éste y su reconocimiento por parte de otras formaciones políticas y por el propio gobierno, del desempeño de un papel relevante en el futuro próximo; un claro indicador de lo ocurrido fue el tratamiento dado por los medios de comunicación⁴²². Entre 1975 y 1978, es decir, en lo que dura la transición política, se lleva a cabo el aglutinamiento de la amplia mayoría de la izquierda en el seno del PSOE; en la década de los ochenta prosigue la absorción de otras formaciones políticas como es el caso del Partido de Acción Democrática (PAD) de F. Fernández Ordóñez o Euskadiko Ezkerra, pasando por los *eurocomunistas* de Santiago Carrillo. Los estudiosos han entrevisto una divisoria claramente delimitada entre las anexiones socialcristianas, socialmarxistas y marxistas leninistas en la transición, por pragmáticos, populistas y reformistas en los ochenta⁴²³. Esta conversión cifrará las pautas de la política llevada a cabo durante la década de los

⁴²¹ A finales de la dictadura se registra la presencia de 5 ofertas diferentes dentro del socialismo: el PSOE reformado, el PSOE histórico, el Partido Socialista Popular de Tierno Galván, la Federación de Partidos Socialistas —apoyadas por USO y por grupos socialistas regionales— y varios grupos socialdemócratas con personalidades como F. Fernández Ordóñez, Josep Pallach y Dionisio Ridruejo (ver Mateos, 1996, 221).

⁴²² Como afirma Mateos: “A partir de diciembre de 1976 se puede afirmar que el PSOE logró la hegemonía en el seno de la izquierda. El fracaso relativo de las movilizaciones en pro de la ruptura, o la creciente presencia del PSOE en los medios de información gracias a una estrategia de actos públicos y encuentros con personalidades europeas fueron desplazando al PCE del estrellato de la oposición.” (1996, 224).

⁴²³ Lo expresa Mateos del siguiente modo: “A fines de 1975, un año después del Congreso de Suresnes, el órgano del PSOE, *El Socialista*, afirmaba eufóricamente que se había pasado de una situación de partido en transición a ser el partido de la transición al socialismo.” (Mateos, 1996, 218).

ochenta, marcada por el liberalismo político (lejos incluso del ideal proclamado de socialdemocracia) en una convergencia cada vez mayor hacia el mercado⁴²⁴. Lograda la unidad de las diferentes familias socialistas y neutralizada la fuerza de las organizaciones comunistas, los dos Congresos de 1979 sellaban el final del discurso reformista revolucionario para presentarse como alternativa autónoma de poder democrático. En los discursos de los máximos dirigentes socialistas de la transición ya estaba presente la doble moral de un discurso por una parte radical de cara a la galería de la familia política en los Congresos, con resoluciones radicales, frente a otro discurso de presentación moderada ante la opinión pública, de cuyo máximo artífice en la estrategia fue Felipe González⁴²⁵. El resultado electoral de 1977 clarificó el espacio político de la izquierda a partir de los malos resultados obtenidos por Unidad Socialista, PSA, FPS, e incluso el PCE, de cuyos efectos este último se enzarzará en luchas internas en zonas de gran implantación del partido como Cataluña y Asturias. A partir de junio de 1977 hubo una aceleración en el proceso de unidad socialista primeramente con el PSOE histórico de José Prat, luego con la fusión entre UGT y USO, posteriormente el endeudado PSP, para finalmente culminar la anexión de diversas federaciones socialistas con partidos de ámbito nacionalista o regional. Una vez concluida esta fase de anexiones en cadena, el PSOE ya podía abandonar su discurso reformista revolucionario y marxista (como habían hecho gran parte de los partidos homólogos europeos tiempos atrás) para competir con UCD por el centro sociológico⁴²⁶. El Congreso extraordinario de septiembre de 1979 confirmó el liderazgo de Felipe González modificando el sistema de representación, con un discurso reformista radical, cerrando la década de la transición interna del propio PSOE. A partir de entonces, los diferentes clanes y familias se diluyeron en el seno de un órgano de

⁴²⁴ Como sugiere Mateos: “Una conversión realizada en tan breve espacio de tiempo que hace dudar de la profundidad del radicalismo anterior. Más bien podríamos destacar la ductibilidad de, por ejemplo, Felipe González en la utilización de diferentes lenguajes no sólo según la modificación de la relación de fuerzas con el transcurso del tiempo, sino de los públicos a los que se dirigía. A este respecto no deja de ser significativo que dirigentes regionales del PSOE de Madrid o del País Valenciano, por no hablar de los grupos neosocialistas y de los cuadros históricos reintegrados al partido renovado, criticaran la orientación electoralista y socialdemócrata de los líderes del PSOE en fechas tan tempranas como 1976.” (1996, 219).

⁴²⁵ En palabras de Mateos una vez más: “En efecto, el secretario general del PSOE reiteró posiciones como la integración de las clases medias, la errónea distinción entre socialismo y socialdemocracia, la autonomía del PSOE respecto al PCE y el valor de la denominada democracia «formal». Estas posiciones resultaban mucho más significativas que el reconocimiento de la existencia de «serias razones» para definirse como un partido marxista en los actos cerrados con la militancia del PSOE o de otras formaciones socialistas. Una definición matizada, no obstante, por González en toda ocasión que tuvo para dirigirse ante la opinión pública con anterioridad a las elecciones de 1977.” (1996, 225).

⁴²⁶ Siguiendo a Mateos: “El PSOE había aglutinado en poco tiempo a una diversa gama de formaciones neosocialistas y a cuadros políticos procedentes del conjunto de la oposición al franquismo. El resultado del XXVIII Congreso del PSOE, primero del nuevo partido producto de la absorción de las formaciones neosocialistas y tras el fracaso de las expectativas o, en otros términos, estancamiento en las elecciones generales de marzo de 1979, fue la principal y efímera factura que pagó el crisol o «mortero del antifranquismo» a que se estaba convirtiendo el centenario partido.” (1996, 232).

partido complejo y cada vez más poderoso, que dio paso a una nueva mayoría monolítica frente a la corriente única de Izquierda Socialista, quedando cerrada la lucha por la hegemonía en la izquierda (Mateos, 1996, 233): resultado del congreso fue el abandono de cualquier referencia al marxismo incluso de forma teórica para una posible definición del socialismo, además de la sustitución de la pluralidad de la que habían hecho gala hasta entonces por una unanimidad que alejaba cada vez más la división y el debate internos⁴²⁷. Desenlace de todo ello fue la diversificación de una élite dirigente, la consolidación de un liderazgo cohesionado, carismático e indiscutible, el aglutinamiento de una pluralidad de contenidos ideológicos que consiguieran neutralizar el espacio político de opciones centristas de corte socialdemócrata o social-liberal y de las formaciones de la «nueva izquierda», además de la construcción de un moderno aparato de partido, eficaz, pluriclasista y centralizado⁴²⁸. El PSOE se ha convertido en un gran aparato de poder que busca representar un cada vez más creciente espectro social a espensas del abandono de postulados propios y considerados de siempre progresistas, barnizados por el espesor de una supuesta antigüedad, con unos efectivos retrocesos en los planteamientos de izquierda, a partir de la composición de una maquinaria orgánica aglutinadora de votos previamente estudiados y hacia la que se tiende incorregiblemente a costa de abandonar viejas creencias establecidas (se convierte en un partido «atrapalotodo» [*catch-all*]). Búsqueda del votante de clase media, aproximación al centro político, arañando votos a un espacio ajeno a la propia ideología de procedencia, produciendo una difuminación del discurso ideológico característico, con un abandono progresivo de identidad hasta el punto de crear un sector fluctuante de votos cada vez mayor, objeto de la disputa permanente a ambos lados del centro ideológico. Esta ocupación del centro sociológico conlleva la neutralización de grandes poderes además de contar con la complicidad de amplios sectores populares (se convierte en moneda de cambio el llamado populismo: «es socialismo todo lo que hacen los socialistas, es decir, el PSOE»), se llegará a decir demagógicamente mediante una asimilación de ecuaciones simplificadas) ante la gestación de una férrea e incontestable disciplina de partido que

⁴²⁷ Para Velasco: “El PSOE, con una concentración de poder a la que nos hemos referido y una progresiva eliminación de sus circuitos democráticos, se configura a su vez como un importante centro de poder en torno a un eje, el gobierno central y su presidente. Los planteamientos socialistas, sustituidos sintomáticamente por el evanescente concepto de «modernización de la sociedad», tienen un cierto peso y se concretan especialmente en la constitución del estado de bienestar como doble mecanismo ya señalado.” (1996, 25-6).

⁴²⁸ Según Mateos: “El PSOE de la transición resolvió la dispersión de la oferta socialista, consolidó la hegemonía en la izquierda y se preparó para la mayoría electoral sin dependencias respecto a otros partidos y a los mismos sindicatos. Un partido centralizado sin espacio para las tendencias organizadas pese a los recientes procesos de unidad socialista y de aglutinamiento del antifranquismo, capaz por primera vez de ejercer autónomamente la acción de gobierno y de resolver la tradicional dualidad entre discurso y pragmatismo político, iba a beneficiarse durante una década de la ausencia de una oposición significativa debido a los problemas de credibilidad democrática de la derecha y al colapso del centrismo y de la izquierda comunista.” (1996, 233-4).

deja de cuestionar cualquier problemática ajena al núcleo dirigente (el llamado «cierre de filas»), y del que siguen a pies juntillas subordinados y bases ante la voz del jefe, aun a pesar de independizar su gobierno respecto al partido que lo respalda (Velasco, 1996, 26). Se da un salto cuantitativo desde un partido tradicional a otro en el que la selección del liderazgo se halla en connivencia con los nuevos valores sociales que la propia organización política exhibe.

Las prácticas del ejercicio del poder no están exentas de viejas tácticas ahora maquilladas, pero que siguen poseyendo el fondo ácido del autoritarismo en su sello, léase la negación total a la formación de comisiones de investigación (por casos de corrupción y demás), los nombramientos del Fiscal General del Estado, nombramientos discutibles en la presidencia del Tribunal de Cuentas y de otras instituciones, la utilización sectaria de RTVE, los varios intentos premeditados de desestabilización de UGT, como ocurrió en el caso de la PSV, etc...⁴²⁹ Las consecuencias de esta nueva manera de gobernar durante los 80 hasta gran parte de los 90 han repercutido en una sociedad que asiste impertérrita a los acontecimientos para desde la televisión asomarse día a día al *qué habrá de desvelarse hoy más impactante que ayer*, habiendo generado un capital negativo, en lo social, de desmovilización de toda una sociedad, escéptica y hostil respecto a las capas políticas y del bien común, con la impregnación de unos valores retrógados en el partido que pudo de forma histórica cambiar los designios que los españoles les habían encomendado en las urnas de manera mayoritaria, con la herencia de una juventud más abúlica en cuestiones políticas, y una democracia desactivada desde su base: “El poder ha sabido crear un caldo de cultivo, un entorno — al que se han sumado intelectuales— buscando una legitimación a prácticas detestables y viles que han explotado en dos cánceres que están minando el Estado y la sociedad: la delincuencia de cuello blanco y la corrupción y el terrorismo de Estado.” (Velasco, 1996, 182-3).

Quien fuera uno de los ideólogos del PSOE y ocupara el puesto de Secretario de Estado de Comercio durante la legislatura de 1982 hasta 1986, Luis de Velasco, da las claves del proceso evolutivo de su propio partido desde unas vivencias directas que sintetizan cuanto ha ido ocurriendo a lo largo de la década de los 80 hasta mediados los 90, aludiéndolo como una corta travesía que va directamente desde el *cambio* a la *decepción*. Cuanto comenzó siendo un proceso de «cambio» acabó constituyendo en sí toda una decepción en sus diversos niveles; cuanto comenzara con pequeñas corrupciones aisladas, tuvo su continuidad nunca atajada en fortunas acumuladas bajo el cobijo de prácticas ilícitas, culminando en la apropiación de fondos públicos por parte de altos dirigentes del Ministerio del Interior (Velasco, 1996, 13). El que fuera un

⁴²⁹ Tales prácticas le han merecido a este imperio monopolizador el apelativo de los años del «rodillo socialista» en el Congreso (Velasco, 1996, 28).

afortunado eslogan electoral del PSOE en las elecciones generales de 1982 ante el sentir mayoritario de una amplia masa social ávida de transformaciones reales, pronto se trocó en una de las decepciones más grandes de toda la historia contemporánea española, cuando a resultas el PSOE ha perdido una oportunidad histórica irreplicable de transformar desde su raíz la sociedad que le entregó el pueblo mayoritariamente para gobernar⁴³⁰; como afirma Luis de Velasco, no se puede negar el hecho de que nuestra sociedad no haya cambiado durante estas décadas, pero ése no es el problema por cuanto que todas las sociedades cambian, incluso aquellas que padecen los regímenes más inmovilistas: el problema es hacia dónde ha cambiado y el rumbo que ha imprimido a esos mismos cambios practicados. Entre los problemas no solucionados por el gobierno socialista se hallan la persistencia de una injusta distribución de la riqueza y de la renta, el desempleo y la precariedad del empleo, la ambigua igualdad de oportunidades, el fraude fiscal, la pobreza y la marginalidad de importantes segmentos de la población, dificultad de acceso a la vivienda, la despreocupación de una efectiva política ecológica (desforestación progresiva, sequía), las debilidades para con sus socios europeos en la UE, el nunca acabado proceso autonómico y la debilidad de la democracia puesta contra las cuerdas en los últimos años a través del terrorismo de Estado (Velasco, 1996, 15). Los ochenta, en lo ecológico, se caracterizan por la persistencia generalizada de ataques al sistema bajo esquemas productivos de ningún modo sostenibles a largo plazo.

6.1.3. SOCIEDAD

En el aspecto social se ha construido una sociedad poco estructurada en la que dominan valores y comportamientos individualistas y egoístas, con un problema creciente de racismo y xenofobia⁴³¹, de división grupal frente a las organizaciones

⁴³⁰ En palabras de Mainer la frustración de estos casi tres lustros de gobiernos socialista se traducen de la siguiente manera: “la corrosión de la «tradición de izquierda» ha afectado a quienes convoca la capacidad comunicativa del Partido Socialista Obrero Español, hoy elevado al gobierno por la decisión de diez millones de esperanzas de regeneración nacional.” (1994, 130).

⁴³¹ La política comunitaria sobre derecho de asilo y refugio practicadas por la Comunidad Europea en la ley de extranjería supone un endurecimiento de las normativas con el fin de aumentar las trabas a los inmigrantes y discriminar todavía más si cabe a las diferentes corrientes migratorias cuando lo cierto es que Europa necesita de mano de obra para trabajos no cualificados: “...frente a las personas que desde fuera de los Doce pretenden invadir, como nuevos bárbaros, la Europa rica procedentes del extrarradio pobre, concretamente desde la antigua Europa del Este y la URSS y desde el Norte de África. [...] También se nos dice que esta nueva vuelta de tuerca nada tiene que ver con la creciente ola de xenofobia y racismo ni con el avance de la extrema derecha en la Europa rica. ¿Hemos de creernos también eso? Porque parece todo lo contrario. / Pretender construir un envejecido islote de riqueza, eso sí con crecientes desigualdades internas, rodeado de un mar de pobreza con un explosivo crecimiento vegetativo en una de sus orillas (el Norte de África) y con una gran frustración e ira por la creciente falta de oportunidades vitales e incluso por la presencia del hambre, parece un intento enormemente difícil, incluso vano. [...] Los países desarrollados no pueden pretender resolver el tema cerrando sus fronteras a los escasos productos competitivos procedentes de los países pobres y también a sus personas. Los intereses proteccionistas y policiales pueden retrasar el problema pero no solucionarlo.” (Velasco, 1996, 140).

sociales fuertes y consolidadas, una tendencia progresiva desde el poder a la desmovilización social (incluidas —y sobre todo— las fuerzas sindicales que habían cumplido un papel importante durante el final del régimen franquista) y la imposición de una cultura de activación con el solo motor del dinero, con resultados calculados de distanciamiento progresivo entre la clase dirigente política y el ciudadano de la calle (vía una dudosa profesionalización de todas y cada una de las facetas de la realidad), imponiéndose entre todos los sectores una desconfianza y desprecio insoslayable: el resultado es una divisoria sólida que pasa entre la vida privada y la pública, desde la que se ha construido nuestra democracia. A partir del año 87, tras las segundas elecciones ganadas por el PSOE, las cosas cambiarán decididamente para no volver nunca más al redil de la encauzada política inicial socialista⁴³². Se ha ido construyendo a lo largo de todo este tiempo un esquema claramente definido por su verticalidad y piramidalidad, con una base conformada por la debilidad de una sociedad escasamente estructurada, apenas participativa y que espera del Estado mucho; luego un Estado compuesto por un legislativo prácticamente inexistente por las mayorías absolutas, un poder judicial que ha ido actuando desde la cautela que le hace gala, y un ejecutivo como centro de poder *incontestable e incontestado*: con un presidente del gobierno, Secretario general del PSOE, “convencido de su misión histórica de superar problemas ancestrales de este país y de llevar a cabo ese proyecto, ese su «destino manifiesto», a pesar de la incompreensión y de la oposición de capas crecientes de la población, especialmente de la más ilustrada y joven” (Velasco, 1996, 16). Frente a poderes que decrecen como la iglesia católica y el estamento militar, otros permanecen como el económico-financiero, pero surgen con fuerza otros nuevos como el de los medios de comunicación, cuya presencia y preponderancia es incontestable en la sociedad actual.

En lo social, los ochenta se caracterizan por el incremento de las desigualdades entre los países desarrollados y los subdesarrollados así como entre el seno de ambos bloques. Consecuencia de las prácticas políticas económicas será el aumento de las desigualdades sociales y la creación de un sector de bolsas de marginalidad en un amplio sector de la población.

Resultado de estas legislaturas socialistas en que prima el pragmatismo político por encima de la fidelidad ideológica original, será la desmovilización de la llamada «sociedad civil», participando en la coartada los medios de comunicación en tanto voceros de las nuevas formas de pensar la sociedad, pero sobre todo la televisión estatal directamente controlada por el poder político gobernante, y posteriormente parcelas de las privadas que compiten en la superficialidad de sus productos como si se tratara de un

⁴³² Luis de Velasco lo expresa de un modo muy significativo desde la autocrítica: “¿Qué nos ha traído esa «modernización», objetivo que desde el 82 sustituyó al de socialismo, palabra que desapareció del vocabulario del PSOE? [...] Las cosas no han ido por donde, creo que bastantes, deseábamos. Han ido por donde, especialmente desde el 87, algunos temíamos.” (1996, 16).

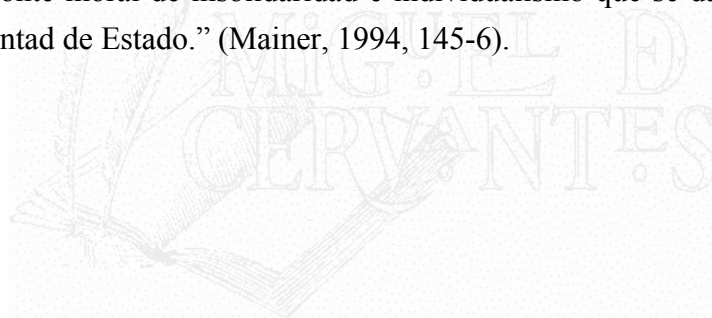
planificado y consensuado vaciamiento de contenidos (para desde la forma conformar las nuevas prédicas): “No es extraño que la tasa de analfabetismo funcional siga siendo una de las más altas de Europa occidental y que nuestro país esté en los últimos lugares en lectura y en el primero en las horas dedicadas a ver (mala) televisión.” (Velasco, 1996, 28). En el fondo, lo que ocurre es que, desde la perspectiva actual, el pueblo español es el gran ausente de la vida democrática: el ciudadano ha sido reducido a mero votante cada cuatro años. Los políticos han construido una democracia formal, que no real.

Por lo general, en lo político, occidente se caracterizará por el fin de la guerra fría entre los dos grandes bloques y el consiguiente desmantelamiento de complejos operativos sustentadores de tal fin, que ocultaban un grado importante de corrupción en sistemas aparentemente democráticos. La creciente judicialización de la vida política española a la que hemos asistido en los últimos años no es más que la prueba palpable de la confusión trazada entre la responsabilidad política y la judicial, generada por el ejecutivo y desde el PSOE: “El GAL es la manifestación más execrable de unas prácticas políticas basadas en la creencia de la absoluta impunidad y en el dogma de una «eficacia» mal entendida. Es, en muchos casos, la táctica de que “«el fin justifica los medios» que tanto daño ha hecho estos años.” (Velasco, 1996, 33). Por no mentar la financiación ilegal del partido (el llamado caso Filesa con la presunta creación de empresas de financiación), súbitos y misteriosos enriquecimientos privados (caso Rubio) que dan cuenta de una responsabilidad política bien por acción bien por omisión. No sólo es una crisis política en un sistema sino una crisis moral que contamina al conjunto del marco institucional de toda una sociedad al haber actuado una concienciación social por modulación socio-cultural activada en la amplia mayoría de los individuos que componen la misma, de tal manera que los daños causados en este proceso a las instituciones, a la política, a la economía y a la sociedad en su conjunto serán difíciles de reparar:

Estos trece años son los de la gran decepción. Tantas ilusiones tiradas por la borda, tantas decepciones. «Nunca tan pocos destruyeron tantas ilusiones de tantos», parece que dijo Nicolás Redondo. Son los años de la ambigüedad calculada, de la semántica (todo el tema OTAN con el truco del referéndum y la posterior realidad de la integración es una obra maestra), incluso de las mentiras. «La socialdemocracia se caracteriza por ser la única filosofía de la vida que permite hacer lo contrario de lo que predica en nombre de lo que predica» [J. J. Millás en *Tonto, muerto, bastardo e invisible*, p. 219] (Velasco, 1996, 33-4)

En los últimos años, la corrupción se ha generalizado de tal manera que forma parte del sistema y se patentiza de manera cotidiana en sus diferentes facetas sociales; Velasco cifra su existencia al haber experimentado la economía española un crecimiento brutal de la riqueza acompañado de una imposición de valores presentes desde la televisión a cualquiera de los medios de difusión que conviven en la realidad: el llamado pensamiento débil de la postmodernidad, filosofía del enriquecimiento rápido,

exaltación de la codicia y la ostentación, etc., habiendo resquebrajado una concepción moral y ética cada vez más reducida⁴³³. Los nuevos ricos emanados a la sombra de un poder que se ha expandido a la manera de un cáncer son vistos como ejemplo a seguir por el resto de los ciudadanos (aun a pesar de dejar empresas en quiebra o en apuros financieros a través de complicadas operaciones de ingeniería económica de apropiación indebida, cuyas consecuencias públicas en algunos casos han sido cuantiosas [catástrofes societarias, impunidad civil y penal para sus responsables, sanciones ridículas y coste al erario público]: casos de Rumasa, Ibercorp, Altos Hornos de Vizcaya, Kio, Banesto), cuyo resultado genérico es la instalación continuada del envilecimiento y el escepticismo social crecientes⁴³⁴: “En ese caldo de cultivo ha florecido la delincuencia de cuello blanco y la corrupción, tanto en el sector público como en el privado.” (Velasco, 1996, 172). Conectada esta actitud de lleno con el individualismo que nos asiste, acabamos esta misma argumentación haciendo uso de unas palabras de Mainer: “se ha producido [...] una impúdica exhibición de nuevos valores como la ambición de dinero, el éxito personal, la desatentada búsqueda de juventud, que encandilan a amplios sectores del país y que asientan, como ninguna otra cosa, un horizonte moral de insolidaridad e individualismo que se da de bofetadas con cualquier voluntad de Estado.” (Mainer, 1994, 145-6).



⁴³³ El 14 de diciembre de 1988 con una huelga general llevada a cabo por los sindicatos mayoritarios, la primera desde 1975, se manifiesta el malestar por el camino cada vez más lejano de la izquierda real por parte del partido en el gobierno y el malestar ante la dudosa moralidad del mandato socialista.

⁴³⁴ En palabras de Velasco: “Donde hay dinero y poder y lucha por ambos, habrá corrupción. Se trata entonces de limitarla en lo que se pueda, descubrirla y sancionarla. Pero más importante que eso es promover, defender y difundir unos valores distintos a los que han dominado estos años recién transcurridos en nuestro país. El arribismo, el vacío ideológico así como la quiebra ética y moral de algunos (unos conocidos y otros, mucho más, desconocidos) del partido del gobierno y las malas compañías que les han seducido (eso que acertadamente se llamó «la gente guapa», núcleo de enorme poder) tienen mucha responsabilidad en lo sucedido, entre el asombro y —hay que suponer— el rechazo de la mayor parte de su militancia. Pero el silencio y la omisión son cómplices.” (1996, 160-1).

6.1.4. CREACIÓN DE UNA CULTURA DEL CONSUMO

La cultura ha experimentado un proceso parejo al político de tal manera que imita su suerte. Conforme avanza el gobierno socialista en la década de los 80, será progresivo el desinterés por el sector cultural hasta el punto de que en 1987, con la celebración en Valencia del emblemático II Congreso Internacional de Intelectuales Antifascistas, se puede considerar finiquitada la preponderancia del discurso político irradiado desde lo cultural; la cultura ya no importa en absoluto al aparato de gobierno sino por su capacidad de control efectivo de una *intelligentsia* orgánica adherida al poder a base de prebendas institucionales. La cultura experimenta una evolución paralela a la del gobierno en el poder durante toda esa década, con unos nuevos ideales divergentes a los originarios e incluso pervertidos en favor de otros más cercanos a la nueva sociedad que se estaba gestando al calor del neoliberalismo que campaba por doquier en toda Europa; esta evolución pasa por registrar con toda evidencia de detalles una práctica literaria cada vez más individualista que insiste en los mecanismos de la sociedad capitalista avanzada hacia la que corrimos irremisiblemente en un encontronazo fatal. El gobierno socialista fue capaz de inflacionar la cultura con subvenciones que carecían de la menor lógica al pretender incentivar el arte sin importarle lo más mínimo su contenido; así consiguieron una absoluta y pronta «oficialización» de la cultura: “asistimos a una inflación de premios y recordatorios, a una picaresca de subvenciones, a la proliferación de editoriales institucionales perfectamente prescindibles, a dispendios en la organización de exposiciones, a un cúmulo de universidades de verano donde casi siempre los mismos disertan de lo mismo...” (1994, 138).

Por lo general se produce una entrada de la cultura en el eslabón de la mercancía: elaboración, mediación, recepción y recreación no serán más que fases especializadas del proceso de producción. Mainer resume el nuevo fenómeno cultural que acaece durante la década pasada del siguiente modo: “una vida cultural que parecía haber agotado la fuente de la originalidad y que también semejava condenada a la hipócrita comercialización de una sociedad de consumo.” (Mainer, 1994, 117). En 1977 se crea el Ministerio de Cultura: agente mediador claro de la cultura oficial, a la vez que forma de imposición institucional: es la burocratización por antonomasia del arte.

La preeminencia de poderosos agentes es clave en la producción cultural actual. La industria literaria española, y sus lectores, para los que no existe otro compromiso sino el del mercado, tiende precisamente a una «normalización mercantil»: la cultura ha entrado de lleno en los resortes del mercado. Los premios hoy, a diferencia de antes, son meros ceremoniales propagandísticos, estrategias de mercaduría. Entre escritor y editor surge una nueva figura mediadora, el agente literario, notable aportación de estos últimos tiempos al sistema. Defienden no sólo los intereses económicos de sus

representados ante los directivos de la industria cultural, y además tienen una cierta incidencia estética en cuanto promotor de opciones temáticas o estilísticas, reforzando el componente mercantil del circuito producción-mediación-recepción. El riesgo está en que se suplante la literatura por algo que no sea sino un remedo de la misma, pese a contar con el concurso de los que en su día fueran escritores y ya son tan sólo operarios de una ingente factoría cultural.

Dentro de esta cadena, se ha introducido el protagonismo del público como agente receptor de la creación mediatizada por la industria cultural. Un claro ejemplo de esta industrialización de la cultura será la importancia creciente de editoriales y medios de comunicación que apuntalan desde la tecnificación el nuevo hecho cultural: “La existencia de *El País* y su holgada hegemonía en el mundo de la comunicación española demuestran paladinamente el triunfo de la organización y del cálculo industrial en la vida cultural.” (Mainer, 1994, 141). El público consumidor de narrativa crece en cantidad y calidad en los últimos años transformando un género de por sí popular en masivo. Cada día el público estará más preparado, será más cosmopolita: hemos adquirido el estatuto de «normalidad cultural» respecto al resto de occidente.

A la fase de normalización de la vida española le siguió un clima de euforia y autocomplacencia que repercutiría en Europa. España, durante buena parte de los ochenta, estuvo de moda. Tras la ascensión del poder socialista y su posterior desradicalización, le sucedió la liberalización política. Una frase que parece resumir el estado de abulia y desencanto alcanzado en la marcha de los nuevos tiempos, ante la frustración de toda clase de expectativas abiertas o de regeneración moral colectiva de todo un pueblo, es atribuida a Vázquez Montalbán: «Contra Franco, vivíamos mejor». Tras la fase de normalización, bonanza económica, euforia y optimismo, le sucedió una crisis económica que coincide con el inicio del declive del poder socialista, cuyas consecuencias en el mercado editorial son el progresivo descenso de la edición de obras narrativas españolas e hispanoamericanas; la brutal caída editorial en 1988 (el 30,1 por 100) tras el tibio crecimiento registrado a lo largo de la década, deja constancia de la debilidad de un mercado todavía endeble y poco manejable aun a pesar de la modernización y reorganización, de la saturación habida en aras de un posible consumo y, ante todo, el fracaso que conllevó el lanzamiento de una multiplicidad de títulos que caracterizó el montaje de la «nueva narrativa».

Desde el declive de la euforia antes mencionada, en una vida cultural comercializada en exceso y que ha desechado los valores reales de la literatura, domina la atonía de una narrativa efímera por naturaleza y casi hasta por vocación. Lo mejor para la sociedad dominante hoy día es únicamente lo que se vende porque satisface las apetencias de un público que ha sido aleccionado con consignas mercantilistas. Sobre todo porque los

canales de venta e información han cambiado o están a punto de hacerlo: las librerías (de siempre) se ven imposibilitadas a competir con las grandes superficies con sus estrategias mercantilistas de reclamo a grandes masas, las propuestas enlatadas de quioscos, los clubes de libros, y la información crítica y literaria cede ante el imperio de la noticia —lo novedoso— y de las listas de los más vendidos. En pocas palabras, el circuito consumista está ahogando e incluso haciendo desaparecer a los circuitos restringidos y de impulso, más informados y selectivos. El libro vive bajo la férrea tutela de una industria editorial que busca beneficios a toda costa, casi como único sustituto, muy fiel a la época, de las diversas formas de entender la tarea de la industria cultural. En la década de los 90 se está imponiendo una determinada forma de hacer literatura, *light*, ayudada por esa insana comunión y por esa confusión con el consumo y el lector, quien está quedándose reducido, en líneas generales, a mero comprador o, lo que es mucho más grave, encerrado en la indiferencia más absoluta.

Finiquitada la memoria histórica, tan sólo queda el paraíso del presente para alejar posibles fantasmas y cantar las excelencias de una clase política nueva que no debía perder el tren de la sociedad del bienestar, el carro europeo, etc. en un proceso prácticamente paralelo al que vive la pujante narrativa de los ochenta. La normalidad y la normalización narrativas supusieron por un lado la superación del pasado y la introducción de nuevos elementos, procedentes de otras tradiciones como las europeas y la norteamericana, dada la fértil asimilación de jóvenes escritores. Desde la pasada década triunfa la pluralidad, aplaudida en todos los aspectos por la industria cultural y sus aledaños, en aras de un mercado cada vez más voraz, todo sirve en tanto amplíe la posibilidad de la oferta y, sobre todo, venda. Sin embargo, y por contrapartida, en función del motor del mercado, el consumo, se está impidiendo la originalidad cuando aquello que resulta demasiado atípico, o fuera de los parámetros normalizantes, queda sin editar por lo general.

La tendencia —tan acorde a una sociedad española impasible que, en general, evita ahora las ideologías— es huir hacia los territorios de lo personal o lo privado, muy visible en la primacía de la conciencia individual como eje del novelar, o la sustitución de la realidad (colectiva) por una literatura que tenga por objeto y materia su sola narración. Y todo ello en concordancia con una mercadotecnia industrial que persigue la sustitución del cultivo del pensamiento por el ocio, del sobresalto por la diversión. Hoy, más que nunca, la escritura es con su legibilidad, planitud, esquematismo, homogeneidad y facilidad, deleite, entretenimiento y acto placentero, otra forma de abobamiento generalizado, del mismo modo que lo puedan ser otros discursos divulgados de forma masiva como los de la televisión, frente a la premisa intrínseca al hecho literario de inquietar, alertar, incitar, indagar, que siempre la han caracterizado.

6.1.5. UNA MÁXIMA EN LITERATURA: «ATOMIZA Y VENCERÁS»

En palabras de Mainer, a lo largo de los ochenta se produce la «proclamación del imperio de los sentimientos» (1994, 151): “Todo se ha convertido en comunicación privada de experiencias y, a la vez, se ha impuesto una concepción del mundo que quiere verlo como una reunión de fragmentos emotivos, un álbum de sorpresas y reminiscencias.” (Mainer, 1994, 160). Se ha llevado a cabo una conquista del ámbito íntimo, privado, a costa de otros valores aparcados por el camino en una operación premeditada: se demarca a la perfección y se destaca con suficiencia el territorio de la privacidad del individuo y su posesión física. A la susodicha reprivatización de la vida económica, social (del Estado del bienestar y de la iniciativa privada) le ha sucedido la reprivatización de los hábitos culturales, en el caso que nos ocupa, de la propia literatura, trastocando su base más intrínseca como es la nueva concepción de la ficción para disfrute placentero de lectores. En poesía está ocurriendo este fenómeno a través de la explotación de fórmulas que resulten más asimilables por parte del lector como son la autobiográfica, en concreto —por ejemplo— la práctica del diario bien que sea ficticio, para abordar esa reprivatización de todos los ámbitos de la realidad desde su marco escritural, en donde la intimidad será el núcleo central poemático con el fin de atraer al lector como si se tratara de un consumidor más (ver Mainer, 1994, 161-1). Síntoma de ello es la abundancia de dietarios, diarios y memorias personales. El dietario muestra por lo general un orgullo de vivir por y para la literatura⁴³⁵. La escritura mediante la ficción del diario convierte a todo poema en transitiva expresión de una intimidad onnipresente y al libro entero en una compleja unidad de emoción: para estos poetas la poesía se reduce a la sensación que produce lo que llaman un «buen» poema. Los poetas escriben con ánimo de representar históricamente a unos inequívocos «hombres reales», sujetos poéticos y lectores, que son además —según B. Prado— prisioneros en unas sociedades injustas de pacíficos Estados policiales.

Entre las características de la poesía dominante gestada a partir de los ochenta se hallan —según hemos visto— el hecho de ser urbana, con tendencia a la ficcionalización del yo poético, lastrada por su narratividad; además de un uso de la argumentación y una tendencia a la tematización del desencanto, con una estética del fracaso para consumo de triunfadores; se practica un uso del formalismo métrico, con la construcción de organicidad completa en un libro, y relectura de la tradición literaria precedente a la que se tiende a imitar. Habrá un retorno a los temas «realistas», con un

⁴³⁵ Mainer dice a este respecto: “El dietario es una fórmula para épocas de incertidumbre histórica en la que los refugios individuales cobran mayor importancia: cuando todo es incierto alrededor, en ellos se asienta la potestad del yo que se permite el capricho de la arbitrariedad” (1994, 154).

inequívoco regreso a ciertos modelos literarios como son los de la generación del 98, Manuel Machado, poetas del 27 y algunos de los de la generación del 50.

Revitalización de una poética personal y casi autobiográfica, regresando al modelo lírico del grupo generacional del 50. Se admira la capacidad de comunicar con la vida, frente a la anterior generación novísima, a la manera de la escritura de Claudio Rodríguez, la melancolía temporal de Francisco Brines, la irónica ferocidad de Ángel González (libros de culto de estos autores serán *Prosemas o menos* [1959] de A. González y *El otoño de las rosas* [1987] de F. Brines) con una contención elegíaca en la percepción temporal del pasado, pero también toda la obra de J. Gil de Biedma por una elegíaca escritura dada a la ironía, la concisión clásica y una emoción calculada. Otro admirado de la nómina de los 50 es Carlos Barral también por su procacidad memorística y vital. Es lo que un nutrido grupo de poetas granadinos ha bautizado con el nombre de «la otra sentimentalidad», equilibrio entre la pasión individualizada y una supuesta visión de la realidad. *1917 versos* es el libro recopilatorio de arranque de esta nueva promoción, editado en 1987 por Vanguardia Obrera, una proclama de poesía pero también una concepción de mundo materialista que a la sazón hace honor a la efeméride del título del libro. Antes se habían hecho tímidos intentos por jóvenes poetas que se introducían en el mercado por primera vez, como por ejemplo Luis García Montero (*El jardín extranjero* [1983]), J. Martínez Mesanza (*Europa* [1983, y 1986, 1988, 1990 en posteriores entregas]), Felipe Benítez Reyes (*Paraíso manuscrito* [1982], *Los vanos mundos* [1985]). Es una invitación a explotar el mundo de la imaginación emocional desde la constancia poemática narrativa, bajo el punto de la sinceridad emocional. A partir de 1987 serán cada vez más abundantes las publicaciones de nuevos autores con las características reseñadas, abandonando paulatinamente los rasgos metaliterarios, culturalistas y distanciados respecto de la vida de la generación literaria anterior novísima. Para ello servirán de puente entre ambas generaciones una serie de escritores que, por edad, iniciados en los últimos estertores de la estética novísima acabarán en el abrevadero de la poesía realista como Luis Antonio de Villena, a la sazón pregonero de la nueva voluntad desde sus antologías y comentarios críticos, a la vez que Luis Alberto de Cuenca (*La caja de plata* [1985]), quien publica una recopilación de su obra en 1990 en la editorial que será en el futuro plataforma de esta nueva manifestación poética, Renacimiento, cuyo prólogo realizado por otro compañero poeta, Julio Martínez Mesanza, viene a ser revelador al declarar el definitivo cambio de estética en la poesía española desde la frialdad novísima hasta la nueva reconocedora de toda realidad. Un poeta también mayor que venía publicando desde los 70, J. L. Panero, (*Galería de fantasmas* [1988]), distanciado de siempre respecto a la estética mayoritaria de su tiempo pronto se convertirá en referencia obligada en la mayoría de los nuevos poetas. Así, a finales de los ochenta se publicarían libros de Carlos Marzal, (*El último de la*

fiesta [1987]), J. Juaristi, (*Summa de varia intención* [1987]) o V. Gallego, (*La luz, de otra manera* [1988]). La madurez del movimiento llega con una serie de obras de Luis García Montero (*Las flores del frío* [1991]), Felipe Benítez Reyes (*La mala compañía* [1989]), junto a otros nuevos que se adhieren como A. García, I. Mengíbar, Luis Muñoz, a los que les suceden una serie de seniors relevos en forma de un epigonismo que participa de la misma clonicidad de quienes pretenden plagiar, en esta misma actualidad, los cuales todavía están teniendo buena acogida por parte de editoriales que parecieron haber encontrado el filón de oro en este difícil campo con una fórmula poética al parecer por fin vendible. A partir de inicios de los 90 vendrían premios y reconocimientos institucionales de todo tipo para gran parte de estos poetas, consolidándose en el panorama literario al tiempo que reafirmando frente a otros discursos. En 1992 Benítez Reyes lleva a cabo la edición de su obra completa realizada hasta ese momento en una recopilación que tiene por título *Poesía (1979-1987)*, con prólogo de su compañero generacional Luis García Montero, actuando el mismo como una reafirmación generacional mediante el pertinente repudio de la anterior novísima, llegando a constituir el libro un verdadero acto de relevo de la hegemonía y ratificación generacional en el panorama de la literatura española, gozando a partir de entonces de una especie de venia en multitud de editoriales, premios, colecciones, gestiones culturales, afirmándose en una estética que pasaría por la negación de las otras contrarias a su forma de concebir el hecho literario.

Si desde finales de los sesenta se impone una estética rupturista y renovadora en las letras españolas, los ochenta serán una vuelta al redil; lo que son una serie de libros significativos en poesía a finales de los sesenta como *Arde el mar* (1966) de Gimferrer o *Dibujo de la muerte* (1967) de Carnero, en narrativa eso mismo ocurre un poco antes con una generación cronológica anterior en libros emblemáticos como *Tiempo de silencio* (1961) de L. Martín-Santos, *Señas de identidad* (1966) de Juan Goytisolo, o libros muy posteriores de esta misma generación como los de Juan Benet (la serie de *Las Herrumbrosas lanzas*, iniciada en 1983) o Juan García Hortelano (*Gramática parda*, 1982). Frente a los escritores posteriores de la llamada generación novísima como Félix de Azúa, Vicente Molina Foix o Ana M. Moix entre otros, que reclaman una tradición plural y heterodoxa del mismo modo que ocurre con esta promoción literaria en poesía, la nueva generación de escritores surgidos a lo largo de los ochenta, curiosamente un tanto posterior (cronológicamente) a lo que ocurre en poesía pero de idéntico modo, pretende la reivindicación de una tradición pura, y seguidora de una línea disidente respecto a la hegemónica hasta entonces. Se lleva a cabo una sustitución del paradigma dominante sustentado en la función poética del discurso literario por una exploración de la conducta humana en la vida cotidiana (Oleza, 1994, 113).

En la segunda mitad de los años ochenta, la novela española vive momentos de auge ante la creación de una serie de expectativas; a la desconfianza en el género que había acaecido en los últimos años setenta (ante un celo experimental del que muchos críticos creen que despista al espectador), ha sucedido ahora un período de fértil exaltación. Síntoma de ello es la buena salud editorial y la creciente demanda de público. Si los escritores que publican en los setenta sufrieron la educación restrictiva de la posguerra, estos otros no se sienten herederos de los enfrentamientos ideológicos de sus padres; su primera madurez literaria se deja notar con el auge del estructuralismo, practicando por ello una novela experimental, y viven una época de expansión económica de la España de los sesenta. Los nuevos narradores surgidos a partir de la segunda mitad de los ochenta sienten un profundo rechazo del experimentalismo y de la técnica de montaje practicada por los anteriores, pretenden escribir con objeto simplemente de entretener, contar por el simple placer de hacerlo⁴³⁶, «hacer soñar al lector», una pasión fabuladora que les lleva a intercalar relatos y crear ramificaciones argumentativas, insertando los mecanismos de la narración oral y ciertas técnicas folletinescas en el propio cuerpo narrativo; todo ello con la voluntad explícita de contar su experiencia generacional⁴³⁷. Se produce un fenómeno nuevo: ser capaz de abrirse a un público amplio, salvar la distancia entre crítica académica y periodística. Así, *El invierno en Lisboa* de Muñoz Molina pronto se convertirá en *best-seller*; se refuerza la intriga, la acción, la fascinación y el interés del lector. Es una escritura a través de indicios, o reconstrucción de recuerdos. Aparece el indicio de la primera página, la novela recupera la fórmula de novela oral primitiva: “Vine a Madrid para matar a un hombre a quien no había visto nunca.”, es el comienzo de *Beltenebros* de Muñoz Molina. La novela se plantea como un juego. La narración busca la identidad perdida del sujeto narrador o una pesquisa en pos del propio relato: metanovela e introspección que nos han restituido también las briznas de un realismo perdido. Se habla de «novela narcisista», «novela ensimismada»: literatura «privada», según terminología de J. C. Mainer. De otro lado próximo está la narrativa ficcionalizada de recuerdos de los propios escritores, una modalidad que ha cultivado muchos acólitos y cautivado a tantos otros prosélitos, basada en la formulación literaria prosística que no deja de ser aceptadora de la clase a la que

⁴³⁶ M^a Dolores de Asís ha observado la introducción de técnicas explotadas en décadas precedentes por el movimiento francés llamado la «nueva fábula» (*nouveau roman*) en jóvenes escritores como Antonio Muñoz Molina: “las características de este jovencísimo escritor nos parecen estar más en consonancia con las de la novela que se escribe en el mundo occidental, a partir de los años ochenta, en los que la narrativa rechaza para sí las raíces de donde brotó y subraya que su arte consiste en saber contar” (Asís, 1992, 415).

⁴³⁷ En ese trance pone Joan Oleza a los siguientes escritores y textos: “cabría recordar las tempranas *La gazzápira* (1984) de Andrés Berlanga y *La media distancia* (1984) de Alejandro Gándara, más tarde *La quincena soviética* (1988) de Molina Foix, *Los dioses de sí mismos* (1989) de Armas Marcelo, *El jinete polaco* (1991) de Antonio Muñoz Molina, *Muchos años después* (1991) de José Antonio Gabriel y Galán, *La sal del chocolate* (1992) de Fanny Rubio o *El buque fantasma* (1992) de Andrés Trapiello, serían otros tantos —aunque de muy desigual valor— ejemplos.” (1994, 123).

pertenece quien la cultiva, reafirmada con la narración nada problematizadora sino autocomplaciente de la infancia feliz y burguesa de una serie de comportamientos además para nada novedosos siquiera estilísticamente.

El escritor se inclina por las formas de mayor aceptación, es decir, por aquellas que el mercado impone: ficción histórica, invenciones culturalistas plagadas de guiños cómplices al lector, relatos metaliterarios con escritores que discursen acerca de su propia creación, novela negra o policíaca, muy aminorada en la actualidad y seguida de sus fieles, etc. La nueva sociedad de consumo obliga al escritor a inclinarse de manera más o menos consciente por las formas de mayor aceptación en un abanico de subgéneros.

La contradicción más acuciante del panorama es la notable falta de una visión testimonial, crítica y problemática de la realidad que escamotea muchos datos de nuestra experiencia cotidiana. Las grandes cuestiones actuales —droga, paro, cambios de mentalidad, ética del dinero fácil, pérdida de la memoria histórica, valores juveniles...— parece como si no existieran, y en todo caso son tratados de un modo superficial. La posmodernidad se ha empeñado en quitarle a la novela la capacidad de reconocimiento de la dimensión conflictiva del mundo. Se escriben relatos *lights*, de brumosos perfiles geográficos, temporales y morales, acordes con una época superficial y llena de prisas.

Frente a la novela corta y superficial se comienza a hacer una novela oceánica y profunda, exhibiendo coartadas como la de volver a las fuentes del género; el escritor confiesa ser un fingidor y hasta un mentiroso, nada hay superior al placer de la invención. Junto a la ficción inane se encuentra otra que indaga con seriedad en conflictos sin calendario: el amor sentido como pasión enajenante, la soledad y la incomunicación, contradicciones de la aldea global y de las urbes milenarias; los dilemas de la identidad sexual, la discriminación de la mujer, contada por las muchas mujeres que se han incorporado a la actividad literaria durante los últimos años.

La comercialización está afectando en la medida de que vale cuanto vende, y que el mercado tiene leyes inexorables. La novela ya no tiene las carencias de tiempos pasados, pero la crítica le achaca con cierta frecuencia aspectos deficitarios como el argumental, la poca cohesión interna, o la carencia de anécdotas ricas y bien trabadas. La urgencia mercantil desprecia el valor de las historias y sobran minucias irrelevantes, fragmentos, recortes, textos sobre textos, pero se echan en falta protagonistas sólidos y bien perfilados. Se ha producido una inserción definitiva del mercantilismo en el sector libresco, y una consecución de nuevos hábitos de consumo. Se impone una nueva forma de hacer literatura acólita al consumismo, donde el lector queda reducido a comprador, ninguneado a la más absoluta de las indiferencias: lo mejor para la sociedad parece ser

lo que se vende porque satisface todas las necesidades del público. El público ha sido previamente conducido por unos nuevos canales de venta e información con importantes aparatos propagandísticos. La industria editorial suplanta a la perfección a la industria cultural. Los mandarines del márketing editorial construyen estrategias de renovación de la literatura que pasan por el etiquetado del producto o viejas fórmulas bajo el apelativo de *novedoso, ingenioso, rupturista*, etc... cuando todo no es más que una repetición con ciertos aires de variación sobre un mismo registro. En realidad se aplica una estrategia muy extendida en la sociedad del consumo como es la de vender el cambio como novedad⁴³⁸. Los resultados no dejan de ser inquietantes al venderse novelas correctamente construidas, legibles, planas, esquemáticas, entretenidas y placenteras, alejadas del entorno social y practicando una autocomplacencia, una artificiosidad que tiene como refugio lo privado e íntimo. El libro, finalmente, es considerado un objeto de consumo, lejos definitivamente del bien cultural con que era presentado hasta hacía bien poco (y según Resolución del Parlamento Europeo en 1981). Es una búsqueda abiertamente mercantil e ideológica de los productos que el mercado requiere.

El autobiografismo de pequeñas peripecias, insignificante, se ha inmiscuido en la ficción. Celebramos la apoteosis de lo privado, de la pequeña impresión, recuerdo o trauma de infancia, de las menudencias de la juventud... Dietarios, memorias, confesiones, peripecias del artista adolescente. Historias sin sustancia y personajes sin carne se enmascaran bajo una pulcritud estilística. Muchas novelas están bien y tienen un grado de aceptabilidad elevada pero se hallan *pasteurizadas* por la homogeneización, pidiendo a gritos un futuro más creativo. Reivindicación de una literatura del *yo* resultado del fuerte individualismo y del culto narcisista a la propia imagen en el fin de siglo, de cuyo tono ciertas editoriales se han subido al carro consumista practicando una autoexhibición de personalidades públicas ante las perspectivas de venta, cuando los escritos no son más que una simple hilvanazón de trivialidades y argumentos desustancializados.

Conforme avanza la década de los 80 se afianza una poética realista en narrativa⁴³⁹. Los jóvenes narradores recomponen una estética cuyo contacto más directo con la realidad es el deliberado costumbrismo que acoge una sensibilidad distinta, la que depende de ocios con nueva geografía y nuevos consumos y que se educa con mitos

⁴³⁸ A este respecto Vattimo añadirá: “en la sociedad de consumo, la renovación continua (de la vestimenta, de los utensilios, de los edificios) está fisiológicamente exigida para asegurar la pura y simple supervivencia del sistema; la novedad nada tiene de “revolucionario”, ni de perturbador, sino que es aquello que permite que las cosas marchen de la misma manera.” (1985, 14).

⁴³⁹ En palabras de Joan Oleza se produce “una renovada exploración novelesca de la realidad, de suscitar las posibilidades de un nuevo, abierto, plural y probablemente postmoderno realismo.” (1994, 124). Existe una marcada voluntad de representar la realidad desde la perspectiva propia de un personaje determinado, su imaginario personal reconducido en la novela hacia la vida.

pueriles en este fin de siglo, pero desideologizado a conciencia. Los nombres exóticos de jóvenes bandas de rock ahora connotan personajes y materiales de referencia de sus novelistas. Existen hoy distintos tipos de realismo: el simbólico representado en novelas como *El silencio de las sirenas* de Adelaida García Morales o *Corazón tan blanco* de Javier Marías, el realismo escénico de *Malena es un nombre de tango* de Almudena Grandes, el histórico en *Galíndez* de Manuel Vázquez Montalbán, el lúdico de Luis Mateo Díez en *Las horas completas*, el literario de Luis Landero en *Los juegos de la edad tardía*, o elegíaco en *El jinete polaco* de Antonio Muñoz Molina, el urbano en *Historias del Kronen* de José Ángel Mañas, el exótico en *Villahermosa* de Eduardo Alonso; de registro naturalista, de prosa poética o épico-elegíaca, realismo político, lúdico, etc. La narración suele transcurrir en presente, con una inmediatez propia de algunos de los nuevos novelistas norteamericanos, con una performatividad que narra lo que se actúa y se actúa al narrar como una suerte de vacunación contra el predominio casi absoluto de la evocación y la escritura de memoria.

Los novísimos narradores, según la crítica, han sabido captar el modo de sentir de un sector joven de la población: transmitir la intensidad de los pequeños sinsentidos del día a día que encierran un drama cualquiera; recrear la peculiar percepción de la vida de unas gentes con sus propios problemas; asimilar una forma de existencia sin sustratos libresco, hecha con la argamasa del rock y los videoclips, conciertos pop, noticias de telediaris. Esta adolescencia formada en el audio y el vídeo y que se había perdido para la letra impresa ha sido rescatada por esos jóvenes que emiten en su misma frecuencia.

Los nuevos narradores, nacidos en torno a 1965, no poseen características comunes, pero muchos de los mismos se han afincado en el realismo más sórdido X que les asemeja a un tipo de narración norteamericana a lo Raymond Carver, Bret Easton y se les achaca precisamente una pobreza formal, una sintaxis arbitraria y un lenguaje desgarrado y plagado de coloquialismos. Existe una importante componente oral en la narración, repleta de diálogos no estructurados o monólogos, conversaciones, que no sirven a la trama o no ilustran apenas nada, diálogos repletos de cortes, de frases inacabadas, de palabras sueltas, un uso lingüístico en libertad absoluta. La oralidad explica el irracionalismo de los textos. Pretende ser la respuesta del ciudadano de la calle al lenguaje de notario o académico, un volver al lenguaje del ser humano desposeído de sus derechos. Los propios personajes revelan un vacío de valores que los presenta como adanes del mundo urbano moderno, reaccionando al medio en vez de intentar dejar en él su sello personal: la droga, los sonidos, los instintos, el sexo, la prepotencia, la falta de trabajo y de alicientes vitales, la alienación de todo vínculo familiar, los aísla a la vez que los une a los grupos de amigos con quienes se reúnen para realizar el pasaje juntos. Finalmente, cabe preguntarse, aunque sea de manera retórica, si basta o es suficiente la técnica realista como parece ser la tónica y la

voluntad del mercado editorial para dar cuenta de la complejidad del mundo en que el vivimos instalados...



6.2. FRACTURA DE LAS REDES SOCIALES: EL INDIVIDUALISMO

El concepto de «individualismo» que enmarca el presente trabajo desde el propio título no da noción de la construcción de unas nuevas relaciones sociales que a su vez han construido un imaginario literario novedoso, sino de un concepto que subsiste entre nosotros desde el surgimiento de al menos la modernidad. Lo que sí es novedoso en esta última parte de la reciente historia de la producción artística española, además de occidental, es que asistimos a una nueva fase en la escalada evolutiva de la producción discursiva de la historia del individualismo occidental, y ése es el sentido que pretende reivindicar el título tanto como la continuidad de argumentos manifestados a lo largo de la investigación. Así como occidente lleva décadas preparando lo que Lipovetsky llama una «segunda revolución individualista» (1983, 7), en España hemos quemado todas esas etapas intermedias que desembocan en el individualismo recalcitrante a partir de 1977 en un proceso acelerado que dura apenas tres lustros y bajo el atenuante de una clase política dirigente que decía operar desde presupuestos de izquierdas: privatización sistemática, desgaste de las identidades sociales, *relajamiento* de las grandes ideologías o de los proyectos políticos definitorios en lo ideológico, desestabilización de la personalidad para surgir un proceso de avance de personalización que en definitiva remodela el conjunto de los vínculos sociales⁴⁴⁰. Para Lipovetsky esto responde a una mistificación sociológica global iniciada en los años 20 del presente siglo y que se halla en curso, sin cesar de ampliar sus efectos a partir de la segunda guerra mundial, una forma de asimilación a las actuaciones del capital en la sociedad del consumo. Lejos ya de la precedente socialización disciplinaria, hoy asistimos a la elaboración de una sociedad cambiante basada en la información y en el afloramiento de los «factores humanos»: es una nueva manera de organizarse y orientarse el individuo en sociedad, un nuevo modo de gestionar los comportamientos humanos ante la amplitud redimensionada de posibilidades de elecciones privadas, sometidas a la ley del deseo consumista. La fuente de poder de la esfera pública en la sociedad consumista es la publicidad; ésta sabe perfectamente cómo utilizar el poder del deseo, que es el de subvertir toda forma de orden. Transforma la expresión del deseo en un acto que afirma las excelencias del consumo. Es una revolución de realización personal en el ámbito cotidiano y microfísico de la sociedad, donde el nuevo centro ahora será la subjetividad

⁴⁴⁰ En su correlato económico esto mismo se traduce en medidas como la disciplina fiscal, la generalización de los impuestos, la liberalización del comercio y reorientación de las fuerzas productivas hacia la exportación, tasas de interés y tipos de cambio fijados por el mercado, desregulación de muchas actividades, privatización de empresas públicas, cambio en las prioridades del gasto público, etc., en que sólo la mercadotecnia da cuenta del total de las operaciones registradas, con su absolutización del mercado en tanto panacea para el conjunto de los problemas.

singularizada. Del mismo modo que en épocas precedentes lo «social» había sido disuelto en lo «colectivo», en la tradición burguesa lo «individual» ha sido abocado a lo «privado» (Williams, 1977, 223). El individuo que se dice libre es el nuevo valor cardinal de la nueva sociedad impregnada con la ideología individualista: el consumo ha permitido ser la espoleta que desencadenara una transformación real en la vida del individuo en tanto ente singular: “el derecho a la libertad, en teoría ilimitado pero hasta entonces circunscrito a lo económico, a lo político, al saber, se instala en las costumbres y en lo cotidiano.” (Lipovetsky, 1983, 8). El proceso de lo que éste llama *personalización* cada vez es más vasto y está más difundido ante la masificación del consumo en plena sociedad posmoderna.

En opinión de Giddens, los procesos de evolución de la intimidad inundan las sociedades avanzadas; con el advenimiento en las últimas décadas de esta tendencia al alza a la privatización de la sexualidad, el ámbito íntimo se ha democratizado. La democratización ejercida en el ámbito público pone las condiciones idóneas para la correspondiente democratización automática de los espacios privados, de las relaciones personales. La mercantilización del sexo en la sociedad capitalista pone sobre la pista de la fundamentación consumista de una intimidad recalcitrante, privatizando el conjunto de los ámbitos íntimos. Existe la promesa de la democracia en el ámbito privado por parte del poder cuando realmente la intimidad es también una forma política de dominio. Factores de la sociedad consumista como la homogeneización de las situaciones individuales (consumo y cultura de masas, educación formal, urbanización, dependencia individual del mercado de trabajo, restricciones burocráticas e industriales ajenas a las propias posibilidades de control) llevan parejas, por contra a lo pretendido, consecuencias anatemizantes en las vidas individuales (Riechmann, 1995, 95).

Los medios de comunicación social practican un consumo indiscriminado que involucra incluso a la propia existencia, en un proceso de personalización que genera el vacío por doquier. El diagnóstico que efectúa Lipovetsky de la época en que vivimos le lleva a afirmar que estamos asentados en la *era del vacío*: “Los grandes ejes modernos, la revolución, las disciplinas, el laicismo, la vanguardia han sido abandonados a fuerza de personalización hedonista; murió el optimismo tecnológico y científico al ir acompañados los innumerables descubrimientos por el sobrearmamento de los bloques, la degradación del medio ambiente, el abandono acrecentado de los individuos; ya ninguna ideología política es capaz de entusiasmar a las masas, la sociedad posmoderna no tiene ni ídolo ni tabú, ni tan sólo imagen gloriosa de sí misma, ningún proyecto histórico movilizador, estamos ya regidos por el vacío, un vacío que no comporta, sin embargo, ni tragedia ni apocalipsis.” (Lipovetsky, 1983, 9-10). Instalados en esa espiral que genera una discontinuidad posmoderna, la nueva realidad se ordena bajo el principio del proceso de personalización al ser capaz de reestructurar el conjunto de los

vínculos sociales bajo su propio yugo. Lipovetsky ha visto la relación claramente proporcional entre cultura posmoderna y ampliación del individualismo que permite “al átomo social emanciparse del balizaje disciplinario-revolucionario” (Lipovetsky, 1983, 11). La consecuencia más manifiesta de ese proceso de personalización es el narcisismo, símbolo de esa segunda revolución individualista de la que habla éste: comporta una *psicologización* de lo social, de lo político, de lo público en general respecto a lo que antes sólo era impersonal u objetivo. Efecto de esta subjetivización del sujeto será la expresión de lo vacío, porque el narcisismo es precisamente la expresión gratuita, la primacía del acto de comunicación sobre la naturaleza de lo comunicado, una indiferencia por los contenidos, asimilación lúdica de todo sentido, una comunicación sin objetivo marcado ni público concreto, donde el emisor será su principal receptor (Lipovetsky, 1983, 15). La categoría de *sujeto* es cambiante en el transcurso histórico. A decir de muchos teóricos estamos entrando en una era de cambios de modos de subjetivización, que afectaría al imaginario, la memoria, etc... Nos constituimos en sujeto de modo diferente según nuestras variables perceptivas. Lo verdaderamente importante es el proceso de subjetivización del *yo*. Por ejemplo, con el advenimiento de la ciencia moderna que busca por todos los medios la certidumbre, descalificando la experiencia al subordinarse al conocimiento, el sujeto será a partir de entonces privatizado. Con el paso de la modernidad a la posmodernidad se da una primacía desproporcionada al individuo sobre el grupo: ésta será la categoría referencial de la realidad. Si con el advenimiento de la modernidad ocurre la emancipación de las clases sociales, los modos de regulación social no tendrán validez cultural sino política. Frente a la pluralidad que ofrecen las sociedades tradicionales por su variedad, la modernidad es singular por ser universal. Con el paso de la modernidad a la posmodernidad se pone en juego la regulación de la sociedad por rasgos económicos y no ya políticos precedentes, así como el paso de la sociedad tradicional a la moderna lleva parejo el cambio de un paradigma cultural por otro político. Surgen nuevas formas de vínculo social cuando se trata a los individuos como formas de la sociedad de consumo, registrándose un aumento considerable del narcisismo, al tiempo que un declive del hombre público. El sujeto tendrá el nuevo papel unificador y consciente de la conciencia. Todos estamos sujetos a las nuevas modalidades de integración social.

Los intereses del sujeto del individualismo no residen en su sintonía asocial, sino en conexiones determinadas y parciales con colectivos de intereses particularizados, hiperespecializados donde se practica la solidaridad del microgrupo y una participación correcta o benévola: “el deambular apático debe achacarse a la *atomización* programada que rige el funcionamiento de nuestras sociedades: de los *mass media* a la producción, de los transportes al consumo, ninguna «institución» escapa ya a esa estrategia de la separación, en la actualidad experimentada científicamente y, además, destinada a tener

un desarrollo considerable con el progreso telemático.” (Lipovetsky, 1983, 42). Para éste el narcisismo es el símbolo de nuestro tiempo, en especial de las sociedades más desarrolladas como la americana, que preconiza el surgimiento de un nuevo papel hasta entonces inédito en sus relaciones del individuo consigo mismo y su cuerpo, con sus semejantes, con el mundo y el tiempo: el concepto de capitalismo autoritario cede paso al de capitalismo hedonista y permisivo. Se extiende un concepto de individualismo puro frente al anterior competitivo y revolucionario en sus diferentes facetas: “neonarcisismo que nace de la deserción de lo político. Fin del *homo politicus* y nacimiento del *homo psicologicus*, al acecho de su ser y de su bienestar.” (Lipovetsky, 1983, 51)⁴⁴¹. Toda forma de sociabilidad se ve alterada por la personalización o psicologización que mengua la mayor parte de los lazos sociales. El entorno urbano y tecnológico del ser humano posmoderno está dispuesto con el fin de acelerar la circulación de los individuos, impidiendo el enraizamiento y atomizando la sociabilidad (Lipovetsky, 1983, 74-5).

La sociedad posmoderna se caracteriza por atenuar las precedentes relaciones autoritarias y dirigistas con el fin de acentuar las opciones privadas mediante una amplia oferta de posibilidades (relaciones sexuales y humanas, moda informal, turismo, tecnologías, deportes...): un proceso sistemático de personalización que consiste sobre todo en multiplicar y diversificar la oferta. “El posmodernismo no es más que un grado suplementario en la escalada de la personalización del individuo dedicado al self-service narcisista y a combinaciones caleidoscópicas indiferentes.” (Lipovetsky, 1983, 41). Es el concepto de sociedad abierta manejado por Popper, una sociedad plural que se adapta a los deseos de los individuos aumentando su libertad de elección (Lipovetsky, 1983, 19), pues la sociedad abierta es aquella en la que los individuos que la componen deben adoptar decisiones personales: la concepción del individualismo popperiano es radicalmente opuesta al colectivismo. Asistimos a una doble operación de atomización de lo social por una parte, al tiempo que una expansión abismante de la lógica individualista. En esta sociedad cada cual se vuelca sobre sí mismo en busca del bienestar, constituyéndose en el único responsable de su vida, gestionando de la mejor manera su capital estético, afectivo, psíquico, libidinal, etc. Tras el vacío social se erige soberano el individuo, informado, libre, prudente y administrador de su vida, en un proceso de personalización que no es más que un nuevo tipo de control social.

⁴⁴¹ Según Lipovetsky: “el narcisismo surge de la deserción generalizada de los valores y finalidades sociales, provocada por el proceso de personalización. Abandono de los grandes sistemas de sentido e hiperinversión en el Yo corren a la par: en sistemas de «rostro humano» que funcionan por el placer, el bienestar, la desestandarización, todo concurre a la promoción de un individualismo puro, dicho de otro modo *psi*, liberado de los encuadres de masa y enfocado a la valoración generalizada del sujeto.” (1983, 53). El narcisismo inscribe toda relación individual e incluso social en el seno de la más absoluta individualidad.

C. Bousoño (1981) concibe un centro de sistema marcado exclusivamente por el individualismo en plena década de los 80, pero de ahí a concluir que la historia del hombre es la del individualismo, a partir de la modulación social que lo ha creado, hay un abismo. Niega toda transformación colectiva de la sociedad, siquiera en épocas precedentes, para ir a buscar el motor de la historia de la personalidad humana, su interioridad y el sentimiento que éste produce, según su labor histórica al pasar por las diferentes épocas de la literatura y concluir asertivamente de modo categórico que la doctrina individualista preside gran parte de la época. El individualismo que reivindica Bousoño tiende hacia una unidad monádica autosuficiente del sujeto protagonista de la historia. Se rechazan los ámbitos colectivos y los lazos que tiende el sujeto con el mundo, en una relación de imposición del primero respecto al segundo. Reinstauración absoluta de la privacidad a tenor de una constante reinención del mercado. Las estrategias del capitalismo dinamitan el cuerpo social para crear subjetividades reducidas a los escombros de su inoperancia fuera de toda acción comunicativa. En connivencia con ello (primero parece ser el texto de Bousoño, al menos cronológicamente) el *yo* posmoderno más dado a la desintegración de su forma y del nombre con el que identificarse, revierte su proceso para preservar un *yo* monádico en la «poesía de la experiencia» y en cierta utilización del realismo literario (narrativo, poético, teatral incluso) que no deja de ser tradicional, decimonónico en el modelo, es decir, recuperar su unitarismo en bloque⁴⁴².

Los modelos económicos y políticos de los diferentes gobiernos de la década de los ochenta (thatcherismo, reaganismo, socialdemocracia alemana, francesa, italiana e incluso española) presentan políticas beneficiarias de una concepción política en manos del economicismo y su correlato capitalista el mercado, que traducido al ámbito cultural se ve alimentado por la afirmación de una concepción individualista creciente de la institución escritura. El proceso de evolución política española en la década de los 80 ha posibilitado un avance progresivo del individualismo en proporción directa a la burocratización sufrida por los diversos aparatos del Estado, y a la normalización de la vida institucional-administrativa. Resultado palpable de ello es la atomización del tejido social, el individualismo a ultranza propugnado desde los diferentes discursos, el privilegio de los espacios privados y cedulares, donde el individuo queda aislado en medio de la *aldea global*.

La sociedad española ha experimentado una profunda transformación en la década de los 80 juntamente con la normalización impuesta en el campo político ante la inquietud por democratizar la realidad social y política española, con un relanzamiento económico

⁴⁴² Frente a ello nos advierte Joan Oleza que en la postmodernidad “es posible volver a diseñar una poética realista. Incluso yo diría que la exigen, siempre que no concibamos este realismo postmoderno como una segunda versión del realismo decimonónico o del realismo social programático de los años 50.” (1994, 119).

que arrastra a los diversos sectores de la sociedad. Una serie de valores en alza se aposentán en la realidad de la mano de la nueva clase política que toma el poder a principios de los 80, erigiendo en base frecuente de su ideario político la insolidaridad y el individualismo insertos en las restantes prácticas de la sociedad capitalista. Se lleva a cabo la privatización de ciertas preocupaciones cotidianas. La intimidad predominante da la espalda a los ideales sociales en aras del nuevo capitalismo tardío que vivimos. Se produce el retorno a una nueva subjetividad interesada en su microespacio como forma de solidarizarse con causas nunca comunes sino de ámbitos en los que vivimos instalados confortablemente, bajo un atrincheramiento irreductible en el yo monádico.

En las sociedades modernas asistimos a la reivindicación de una nómina unitaria del arte, revitalizadora de la tradición nacionalista y protectora de barreras lingüísticas. Su crisis es cultural pero no tecno-económica. La inversión en la relación del individuo con el conjunto social, frente al holismo de las sociedades precarias, ha permitido la aparición de un arte liberado de los códigos de representación tradicionales, de su verosimilitud e intriga, así como de las sujeciones que imponía la percepción tradicional; el arte moderno atenúa los valores individualistas de nociones como libertad, igualdad y revolución (Lipovetsky, 1983, 96).

El individuo, según Dumont, es el valor supremo de toda doctrina individualista en las sociedades modernas frente a aquellas en que la colectividad es el eje central de lo que llama holismo; ambos términos se oponen tajantemente. Dumont define, de hecho, individualismo por oposición a holismo, como toda ideología que valora al individuo por encima de cualquier totalidad social. Frente a ello, el holismo designa a aquella ideología que valora la totalidad social ignorando, o en todo caso subordinando, al individuo humano. Su oposición es tajante e irreconciliable (ver el glosario final en Dumont, 1983, 277-8). El individualismo dirime una cuestión de jerarquía o interdependencia, frente a la supuesta libertad que ostenta el holismo: “Con el predominio del individualismo sobre el holismo, lo social, en ese sentido, ha sido sustituido por lo jurídico, lo político y, más tarde, por lo económico.” (Dumont, 1983, 88). Otra posición un tanto más equilibrada es la que sustenta Raymond Williams (1977, 222) quien afirma que tanto el concepto de «individuo» así como el de «sujeto» pueden convertirse dentro del consumismo en prácticas *crueles* y *malignas* en tanto éste [de]genera una multitud de contradicciones al desplazar cuantas condiciones sociales lleva pareja la práctica individual en nuestras sociedades, hasta el punto de afirmar que su ejercicio, en casos extremos, puede llegar a *destruir* a los propios sujetos en favor del individualismo. Desde la tradición que Williams representa, ambos conceptos ahora separados, «individuo» y «sociedad», se hallan indisolublemente unificados mediante

una relación dialéctica y recíproca, compensada, ajena a las leyes desequilibrantes del capitalismo.

6.2.1. CONSUMISMO

Resultado de la revolución consumista practicada en occidente tras la segunda guerra mundial será el control total de la sociedad mediante una serie de técnicas discursivas que tendrán como consecuencia la liberalización cada vez mayor de la esfera privada en manos del autoservicio generalizado, de la moda a una velocidad galopante, de la flexibilidad de toda clase de principios: todo ello ha generado una atomización o desocialización del individuo, mucho mayor que en épocas precedentes. Asistimos a una revolución de lo cotidiano, tras las revoluciones *económicas* y *políticas* sufridas en siglos precedentes, y otra artística acaecida a principios de siglo: “la realización definitiva del individuo coincide con su dessubstancialización, con la emergencia de individuos aislados y vacilantes, vacíos y reciclables ante la continua variación de los modelos.” (Lipovetsky, 1983, 107). La emancipación total del individuo en la era del consumismo repercute en la regulación total y minuciosa de lo social, es un agente de personalización importante, a la vez que de responsabilización de los individuos. Es una desocialización practicada en los individuos toda vez que una reordenación socializante según necesidades e intereses que por lo general coinciden con los del consumo. La era posmoderna si en algo halla su distinción es precisamente en el predominio de lo individual sobre lo universal, de lo psicológico sobre lo ideológico, de la comunicación sobre la politización, de la diversidad sobre la homogeneidad, de lo permisivo sobre lo coercitivo (Lipovetsky, 1983, 115).

Con la predominancia de la realización de sí mismo por encima de cualquier otra forma de vínculo social, la era del consumo derruye cualquier cimiento cívico, desasiste en lo social al ciudadano y no proyecta ningún tipo de esperanza futura sino la felicidad inmediata a través de la satisfacción del deseo. La cultura es un producto de marketing y diseño, está sometida a normas férreamente vigiladas de gestión empresarial; los productos culturales han sido industrializados, sometidos a los criterios de eficacia y rentabilidad. La tecnología en unión con la economía crearán la ilusión de una necesidad del consumo y, de un falso hedonismo, de moda y relaciones públicas y humanas, dentro de una concepción industrializada de la misma. Se practica una producción de *sentido* para el consumo. La estética se ha fundido de forma indisoluble en lo mercantil. El mercado es el nuevo sustituto de la democracia, su estado natural: los mercados tienen sentido de Estado. A partir de mediados de la pasada década, la retórica política se adapta definitivamente a los nuevos tiempos cuando ningún partido de la Europa Occidental, e incluso del Este, interferirá en la dinámica marcada por el

mercado. Valgan las redundancias, el poder del poder es poder definir un sujeto para el consumo.

Frente a las sociedades tradicionales, la acción del Estado moderno, en perfecta combinación con el mercado, ha permitido la aparición de un tipo de sociedad en la que, avanzando en ese gran hito ilustrado en el que el hombre se ha tomado a sí mismo como objeto del discurso, aquí se toma el sujeto como fin último cuya única existencia acaece para sí mismo: es el grito narcisista de las sociedades posmodernas (Lipovetsky, 1983, 192). En ese sentido, la extensión de la economía de mercado, la generalización del sistema de valor de cambio ha permitido el surgimiento del individuo atomizado con el solo objetivo marcado de la incesante búsqueda de su propio e individual interés. El individualismo es la respuesta a una transformación social que pide a gritos intimidad, valores cambiarios (con los intercambios mercantiles, el salario y la industrialización), bienestar, propiedad, seguridad, invirtiendo la organización de toda sociedad tradicional: “Con el Estado centralizado y el mercado, aparece el individuo moderno, que se considera aisladamente, que se absorbe en la dimensión privada, que rechaza someterse a reglas ancestrales exteriores a su voluntad íntima, que sólo reconoce como ley fundamental su supervivencia e interés personal.” (Lipovetsky, 1983, 192). El Estado moderno ha generado interesadamente un individuo escindido del todo social que, desde su aislamiento, neutraliza toda posibilidad de conflicto: «La era del consumo acentúa la pacificación de los comportamientos» (Lipovetsky, 1983, 198). La lógica de la personalización impone un hito histórico al conseguir nuevos valores sociales precisamente mediante la individuación de los seres humanos, el alejamiento de la vida pública y el desinterés progresivo por el otro, mediante el uso del consumo y de la comunicación. El narcisismo ha desmontado, del mismo modo, la posibilidad conflictual en nuestras prácticas comunicativas, cada vez más en retroceso. El individualismo contribuye a la eliminación de toda lucha de clases así como la posibilidad revolucionaria, mediante una pertinente neutralización debido a su institucionalización. Consecuencia de esta segunda revolución individualista a la que alude Lipovetsky, es que se haya practicado un desmontaje de la *res publica*, mediante una pacificación del ente colectivo.

Con el advenimiento de la modernidad el individuo se libera de la forma de llevar a cabo su identificación respecto a sus semejantes, pero en la posmodernidad el individuo extiende esta identificación al orden no humano; una vez psicologizado, más se personalizarán las fronteras clásicas de separación entre el hombre y el animal. Estamos en una sociedad global donde existen sólo sujetos en el marco de fondo de una débil organización social. Lo peor del caso es que los sujetos están confinados a su sujeción, desposeídos de su subjetividad real, sin tener acceso a las posibilidades de subversión real.



6.3. EL MONSTRUO QUE HEMOS ENGENDRADO: SOCIEDAD INDUSTRIAL AVANZADA Y PRODUCCIÓN CAPITALISTA DESREGULARIZADA

Democracia y mercado se hallan íntimamente intrincadas en las últimas décadas. Existe una tendencia totalitaria en el capitalismo salvaje de este final de siglo, en virtud de su modo de organización de la base tecnológica que la conforma. Como afirmara Marcuse, no sólo es totalitaria una política terrorista de implantación en la sociedad, sino también lo es una política técnico-económica que trasvasa las necesidades a los intereses creados, impidiendo toda acción opuesta a los mismos; un sistema específico de producción y distribución puede generar una práctica de terrorismo encubierta en el seno de un sistema plural de partidos políticos, medios de comunicación social, etc. (Marcuse, 1954, 33). Toda forma de gobierno en las sociedades industrializadas avanzadas se mantiene y reafirma a través de la organización, explotación y movilización de la productividad técnica, científica y mecánica de la propia sociedad. La libertad, como dijera Marcuse, en estas sociedades, se puede convertir en un poderoso instrumento de dominación (1954, 37): la ideología se mueve implícita al propio proceso de producción. La limitación de libertad en la sociedad *administrada* no será tanto una cuestión de deterioro en sí del sistema o corrupción interna como un proceso social en el que la producción y distribución de una cantidad creciente de bienes y servicios genera una sumisión respecto a la tecnología racional cada vez mayor (Marcuse, 1954, 79): el consumo que produce el excedente continuo de productos ocasiona sin apercibirlo una reducción en el uso de la libertad cuando éstos perciben la vida administrada como la mejor de las vidas, la más cómoda. La cultura dominante en el capitalismo avanzado, a diferencia del precedente, es mucho más férrea de lo que lo fuera en la sociedad capitalista debido a los cambios producidos en el carácter social del trabajo y la nueva concepción de las comunicaciones (Williams, 1977, 148). Como diría Marcuse, lo que está en juego no son problemas de estética o psicología sino la base material de la dominación (1954, 275).

La globalización del capital favorece a los países en desarrollo por el aumento de flujos financieros. En este sistema capitalista ya no son los gobiernos quienes fijan las normas como antaño sino los mercados; a los gobiernos de los diferentes países no les queda otro remedio sino obedecer resignados. Las leyes y reglas del juego están desapareciendo en el capitalismo actual. Los mercados son los que tienen sentido de Estado con su preeminencia e imposición a través de su lógica implacable. Los mercados financieros se han convertido en el principal *lobby* contemporáneo. La

producción de masas ha acarreado una rápida expansión histórica de todos los sectores sociales, plasmándose en la actualidad en una transnacionalización de la economía y de la producción incluso cultural, en una relación de fuerzas inversas al Estado: cuanto menor es su capacidad de intervención pública, mayor será la fuerza del mercado; y su hegemonía creciente rompe con toda concepción clásica de la tradición nacional para implantar una efervescente producción cultural mediante su persistente circulación y distribución de mercancías, su consumismo voraz: el mercado lo es todo desplazando incluso a las formas políticas (Cochran, 1996, 203). Asistimos a una globalización de las economías, a más de una mundialización de las finanzas. La *mundialización del mercado capitalista* no es más que una estrategia planificada conducente a la aceptación resignada de los nuevos sistemas de explotación y opresión del final del siglo, fruto de una contaminación de las masas por medios oligárquicos de conformación de la «opinión pública»⁴⁴³. Resultado de esta globalización es la gestación de unas élites dedicadas a intercambiar capitales o tecnologías, además de modas culturales universalizadas. Consecuencia de ello es el éxito creciente en la llamada «industria cultural» o mediática de una sarta (aplaudida) de filmes, novelas, best-sellers, ensayos, puestas en escena... destinadas a complacer con su vacuidad en la era en la que vivimos instalados, que constatan una esclerosis del pensamiento, en un momento en que se publican más títulos que nunca. La industria cultural se ha convertido en industria del ocio. La competencia es la ley suprema del mercado, que decide sin paliativos. El ciberespacio prolonga el capitalismo americano por un vasto territorio desterritorializado. La carrera informática ha diseñado un patrón de comportamiento uniforme; el desarrollo telemático establece una preponderancia del hogar sobre la calle, de lo privado sobre lo público, del individualismo utilitario sobre el afectivo, del conocimiento pragmático sobre la especulación, del negocio por encima de todo, incluso de cualquier noción que atienda al nombre de *cultura*.

Resultado palpable del capitalismo (extrapolado) actual es el desequilibrio desproporcionado de las mejoras y niveles de vida entre quienes venden su fuerza de trabajo y quienes la compran, desplazando las formas más extremas de explotación del centro a la periferia, pero también multiplicando en el centro mismo los asentamientos de sobreexplotación, de tal modo que Deleuze-Guattari consideran a las fábricas como verdaderas prisiones (1972, 384). Estos pensadores consideran al sistema como un aparato productor de demencia prolongada, y el capitalismo que nos asiste será

⁴⁴³ Según Fernández Buey: “Ésta [la mundialización] opera en un doble sentido. En primer lugar, obliga a incluir en un mismo sistema de producción, intercambio y consumo todo el mundo conocido, los cinco continentes. En segundo lugar, aunque no por su importancia, convierte en objetos mercantiles no ya sólo la fuerza del trabajo humano directo (como ocurría en el capitalismo del siglo XIX) y las más importantes de las producciones simbólicas del hombre, sino también el conjunto de los bienes naturales que hasta hace poco tiempo eran de libre uso público.” (1995, 190).

productor de esquizofrenia en tanto codicia la desterritorialización del orden impuesto por el propio sistema para volverlo a componer según sus necesidades, que en cualquier caso pasarán siempre por el centro y eje del capitalismo, al que se subordinarán el resto de territorios, situaciones y necesidades:

Todo es demente en el sistema: la máquina capitalista se alimenta de flujos descodificados y desterritorializados; los codifica y los desterritorializa aún más, pero haciéndolos pasar por un aparato axiomático que los conjuga y que, en los puntos de conjugación, produce pseudo-códigos y re-territorializaciones artificiales. En este sentido, la axiomática capitalista no puede arreglárselas sin suscitar siempre nuevas territorialidades y resucitar nuevos Urstaat despóticos. El gran flujo mutante del capital es pura desterritorialización, pero efectúa otras tantas re-territorializaciones cuando se convierte en reflujo de medios de pago. El tercer mundo está desterritorializado con respecto al centro del capitalismo, pero pertenece al capitalismo, es de él una mera territorialidad periférica. (Deleuze-Guattari, 1972, 384-5)

El monopolio y la especialización de la amplia mayoría de conocimientos (médicos, técnicos, mecánicos) no responden a las necesidades tecnológicas de las sociedades capitalistas tanto como a las expectativas económicas y políticas que generan las propias sociedades al proponerse de continuo concentrar poder y control en manos de la clase dominante; por ello en honor a la revolución técnica las sociedades capitalistas reprimen con el fin de asegurarse el control económico además del político⁴⁴⁴. Ambos filósofos cifran el sentido de las máquinas sociales, técnicas, científicas e incluso artísticas en tanto formas productoras de deseo en serie (Deleuze-Guattari, 1972, 391-2). El problema comienza cuando la tecnología se pliega a la economía e incluso a la política de opresión (fuera de toda suposición de una tecnología liberadora) constituyendo máquinas deseantes que actúan por sí mismas adoptando un cariz *fascista* al oprimir a todo deseo (Deleuze-Guattari, 1972, 408)⁴⁴⁵, porque, como ambos aseveran, fuera de pensar la máquina con respecto a un organismo biológico humano sobre el que actúan y se amoldan según sus limitaciones y posibilidades deberían hacerlo con respecto al cuerpo social sobre el que realmente actúan, marcándolo, limitándolo, coartándolo y manipulándolo (ver Deleuze-Guattari, 1972, 409), creando en definitiva lo que Marcuse (1954, 80) llama una «sociedad industrial políticamente manipulada». La función de todo *artista* (en el caso que nos interesa, toda forma de escritura) es la de desenmascarar

⁴⁴⁴ En palabras de Deleuze-Guattari: “Es evidente que cosas tan diferentes como el monopolio o la especialización de la mayoría de los conocimientos médicos, la complicación del motor de automóvil, el gigantismo de las máquinas no responden a ninguna necesidad tecnológica, sino tan sólo a imperativos económicos y políticos que se proponen concentrar poder y control en las manos de una clase dominante. No se sueña con un retorno a la naturaleza cuando se señala la inutilidad maquínica radical de los coches en las ciudades, su carácter arcaico a pesar de los gadgets de su presentación, y la modernidad posible de la bicicleta, en nuestras ciudades tanto como en la guerra de Vietnam. Ni siquiera es en nombre de máquinas relativamente simples y pequeñas que debe hacerse la «revolución convivial» deseante, sino en nombre de la misma innovación maquínica que las sociedades capitalistas o comunistas reprimen con todas sus fuerzas en función del poder económico y político.” (1972, 407-8).

⁴⁴⁵ En otro lugar añaden un ejemplo sacando punta a esta afirmación: “Incluso el fascismo más declarado habla el lenguaje de los fines, del derecho, del orden y de la razón. Incluso el capitalismo más demente habla en nombre de la racionalidad económica.” (Deleuze-Guattari, 1972, 378).

toda planificación autoritaria de un Estado que Deleuze-Guattari llaman «por esencia incompetente y sobre todo castrador (pues el Estado impone un Edipo propiamente artístico, un Edipo propiamente científico)» (1972, 389), al configurar como esquema básico capitalista de proyecto humano el de una máquina (esquizofrénica) productora de trabajo.



6.4. LA FABRICACIÓN DEL CONSENSO: LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

En las últimas décadas los medios de comunicación de masas en el mundo industrializado se han convertido en fuente de poder nacional instalados en la democracias contemporáneas de manera irradicable (Chomsky, 1992, 11). El público tiende a ser reducido a su condición de masa social uniforme, bajo el mandato de la apatía y la obediencia tradicionales, ajeno a la crítica y el debate, pero sobre todo a la acción política de tal manera que la democracia se alimenta con exclusividad de unos potentes medios de comunicación que dictan las reglas del juego democrático: “Dentro del orden social dominante, el público ha de seguir siendo un objeto de manipulación, no un partícipe en el pensamiento, el debate y la decisión.” (Chomsky, 1992, 165). En estas sociedades el mercado crea sus propias reglas de juego de cara a la sociedad y su público de consumidores erigiendo un estado aparente de máxima libertad de opinión, cuando en realidad es éste la mano negra que se erige en instrumento de control tan poderoso a veces como el del poder político: “Aunque los ciudadanos del mundo occidental suelen equiparar al mercado con la libertad de opinión, la mano oculta del mercado puede ser un instrumento de control casi tan potente como el puño de hierro del estado.” (Ginsberg cfr. en Chomsky, 1992, 17). El producto literario tiende a los consumidores del mercado a través de la publicidad en los propios medios según su estratificación social, dada la selección discriminada de público al que se dirige, con lo cual el problema se genera cuando nos encontramos frente a una concentración poderosa de medios de tal magnitud que controlan un amplio espectro de consumidores o público al que se dirigen, bien directa o bien indirectamente a través de su soporte, reflejando sus propios intereses de clase: “los principales medios de comunicación —en particular, los medios de élite que establecen el programa que los demás suelen seguir— son grandes empresas que «venden» públicos privilegiados a otras. No podría constituir una sorpresa el hecho de que la imagen del mundo que presentan reflejara las perspectivas y los intereses de los vendedores, los compradores y el producto. La concentración de la propiedad de los medios de comunicación es elevada, y va en aumento.” (Chomsky, 1992, 17). La conformidad con ello es la aceptación del todo vale y el curso de los hechos explicados por los emisores como lo normal: su estructura está diseñada para inducir a la conformidad de la doctrina establecida (Chomsky, 1992, 20). Los medios de comunicación son efectivos servidores de los intereses del poder estatal además del empresarial con los que quedan estrechamente vinculados, reafirmando con sus medios estratégicos convenientemente adoptados el privilegio establecido. Es lo que en términos de comunicología Chomsky ha denominado la función de “guardianes

vigilantes que protegen al privilegio de la amenaza de la comprensión y participación pública” (1992, 24). Claramente, el ciudadano-consumidor-lector (elijase el orden que se prefiera) de los 80-90 será de todo menos participe de ese producto que le viene servido (en nuestro caso la poesía de la experiencia o la literatura realista de los ochenta, tal y como vimos en su transmisión massmediática a través de los potentes canales difusores). Quienes controlan los recursos de los medios de comunicación son quienes están en la vicisitud de decir qué es lo socialmente válido o constructivo para el sistema, así como reafirmar ciertas políticas a través de los intrincados mecanismos estatales: la persuasión es una de sus principales y más poderosas bazas, y la propaganda una de sus técnicas de control más logradas, ganando terreno a la ignorancia de las masas mediante el engaño (de las élites) o lo que Chomsky llama la «fabricación del consenso»⁴⁴⁶ de tal manera que generan lo que etiqueta como «ilusiones necesarias» para el día a día en el público receptor, hábito de escuchar y recibir una serie de mensajes: “En el sistema democrático, las ilusiones necesarias no se pueden imponer por la fuerza. Más bien, se han de instalar en la mente del público por medios más sutiles.” (Chomsky, 1992, 64). La democracia queda establecida como una forma de control de la población⁴⁴⁷. Es más, en la sociedad norteamericana la esencia de la democracia está fundamentada en la aglutinación de grandes empresas que controlan el sistema de la información. Definitivamente, podemos afirmar aquello de que el medio condiciona indefectiblemente el mensaje.

En los medios de comunicación existe una máxima irrenunciable, no menos deslindable a la literatura que pretenden vender esos mismos medios de comunicación que la difunden, como es que la repetición y acumulación de mensajes pueden ser armas poderosas en las manos de una persona hábil. Los anunciantes, propagandistas y líderes políticos usan con frecuencia esta estrategia para convencer de su existencia, primer paso hacia su adquisición, lo cual no deja de ser importante traducido en términos económicos si de poner de moda un determinado tipo de corriente literaria se trata: la repetición sistemática genera la verdad establecida como tal⁴⁴⁸, de la cual se encargan

⁴⁴⁶ “La retórica de la contención está diseñada para dar una apariencia defensiva al proyecto de gestión global, y sirve así como parte del sistema nacional de control del pensamiento.” (Chomsky, 1992, 38). Por el contrario, muy a menudo, incluso las sociedades democráticas modernas tienen prevista la extinción de brotes de disensión dentro del sistema, con campañas habituales de control de un pensamiento administrado.

⁴⁴⁷ En ese mismo sentido se pueden prever las palabras de Vattimo: “esos medios de comunicación de masas producen consenso, instauración e intensificación de un lenguaje común en lo social. No son medios para las masas ni están al servicio de las masas; son los medios de las masas en el sentido de que la constituyen como tal, como esfera pública del consenso, del sentir y de los gustos comunes.” (1985, 52).

⁴⁴⁸ Ciertamente es decir que los medios de comunicación llevan a cabo otra tarea opuesta como es la crítica al ejercicio del poder a través de la puesta en duda de una serie de cuestiones relativas al uso del poder, pero lo hacen dentro del marco de los intereses compartidos por éste que, por lo general, coinciden con los del poder estatal-empresarial (Chomsky, 1992, 97).

de instaurar los medios de comunicación a través de lo que Chomsky llama «ingeniería de la historia» (1992, 152), es decir, la hábil manipulación del curso histórico con tal de que lo pretendido se haga pasar por lo acertado. El sustento de todo Estado democrático moderno es la propaganda, y su verdad se instaura a base de un machaqueo repetitivo en los más variados medios de comunicación que inundan la fauna de la cosmópolis de hoy; por lo general son eslóganes vacíos: el etiquetado se erige en necesidad primordial de invención de una realidad *a priori*. Opera aquella máxima, en su sentido más cruel, de Paul Virilio cifrada en la sociedad tecnocrática que refiere que “cuanto más informado está el hombre, tanto más se extiende a su alrededor el desierto del mundo” (1980, 51). Parece que la normal prioridad a la hora de divulgar un tipo de producto es el de la sencillez impuesta a través de una prototípica polarización de la vida mediante la creación de héroes y antagonistas; los héroes lucharán por la libertad, la democracia y una serie de valores positivos *a priori*, cuando los antagonistas asimilados a diablos malos, violentos y repelentes son los malos; todo ello responde a una operación propagandística, y como tal manipuladora de la élite dirigente, para neutralizar nuestras capacidades mentales de discernimiento, mediante la creación de una serie de lemas patrióticos (Chomsky, 1992, 339-340). En una sociedad capitalista todo se convierte en consumo, incluso la libertad; la posibilidad de tener más cosas depende directamente de la capacidad para comprar: *cuantas más tengas, mayor cantidad de libertad almacenarás* parece decirnos la máxima consumista. El lector se ha convertido sin voz ni voto en mero espectador pasivo, en vez de participante del proceso de lectura. Los medios de difusión actuales de la cultura de masas distribuyen información, cultura, entretenimiento bajo unos criterios genéricos engañosos de «belleza» donde el atractivo formal del producto pretende englobar a la totalidad del mismo, confundiendo al público (Vattimo, 1985, 52), como hemos visto que practican teóricos y escritores actuales. Es una manera de falsificación de la historia, del mismo modo que ha ocurrido con nuestra reciente transición cuando historiadores y comunicólogos se han puesto manos a la obra, y está ocurriendo en una faceta más cercana como la historiografía literaria de las últimas décadas. Por ello se impone la tarea deconstruccionista que no es más que la última defensa del ciudadano para restituir la memoria histórica y preservar una cierta *verdad* más atinada, ajena a la manipulación de las élites políticas o económicas, o de cualquier otro rango cercano al poder. La información en la era del consumismo es administrada como una mercancía.

En esta globalización participa la mundialización⁴⁴⁹ de los signos, acelerada en los últimos tiempos por la revolución informática y comunicativa. El nuevo orden

⁴⁴⁹ Que para Ramonet presenta los siguientes síntomas: “Instantaneidad, espectacularización, fragmentación, simplificación, mundialización y mercantilización son desde ahora las principales características de una información estructuralmente incapaz de distinguir la verdad de la mentira.” (1995, 94).

tecnológico se caracteriza por ser inmaterial, inmediato, permanente y planetario (Ramonet, 1995, 97): todos los cuales apuntalan la sacrosanta estructura del mercado. El pensamiento único administra desde las pantallas electrónicas, desde los rayos catódicos de la televisión, el cine, la radio, los libros o cualquiera de los medios de comunicación social de nuestros días. Su identificación es reducida al común de los denominadores al imponernos sus productos sin apenas apercibirlo, al administrarnos nuestros pensamientos sin advertirlo, al ejecutar nuestras acciones sin mover nosotros un solo músculo, al reescribir nuestra conducta... Su doctrina se ve administrada por una invisible telaraña de «policía de la opinión», en palabras de Ramonet, que persigue la anestesia de nuestras conciencias: es lo que llama, recordemos, un *pensamiento administrado* (1995, 67). Sus mandatarios a la sombra son claramente perceptibles: Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Organización de Cooperación y Desarrollo Económico, Acuerdo General sobre Tarifas Aduaneras y Comercio, Unión Europea, Banco de España; consigue sus fines a través de la financiación de una amplia red de centros de investigación, universidades y fundaciones que propagan con sus estudios las buenas nuevas, que luego pasarán a administrar como si se tratara del maná sagrado.

Los medios de comunicación tienen un papel decisivo en la sociedad mediática que se ha conformado, al haberse convertido en correas transmisoras de las principales ideologías dominantes (poderes oligárquicos que compiten en nuestras sociedades). La tan requerida apariencia de objetividad en las formas se ha ido perdiendo a medida que avanzaba este carácter oligopolítico de las cadenas de periódicos, de las cadenas de radio y televisión, progresando una nueva forma de colonización cultural que en período de paz calma se ha hecho todavía más visible a partir del comienzo de la crisis bélica en el golfo Pérsico y de los conflictos de la antigua Yugoslavia y Somalia. El monopolio de las imágenes y su manipulación son una práctica cotidiana extendida hasta el punto de formar parte de la comunicación de las masas a diario (Fernández Buey, 1995, 187-8).



6.5. ESE CODICIADO OBJETO DE DESEO: EL LIBRO Y SUS FORMAS DE LECTURA

En occidente los productos culturales han llegado a alcanzar el rango de mercancía e incluso materias primas en el ámbito de la economía. La exportación, difusión y distribución de las materias culturales en la era de la tecnología rompen las dependencias de lazos tradicionales para adoptar formas más prósperas en el hipermercado de la era de la velocidad. Aun a su pesar, el creciente desarrollo masificado de nuevas tecnologías y soportes respecto a la cultura tradicional, el libro (la palabra escrita) continúa poseyendo un papel central en la misma a juzgar por el crecimiento espectacular y su volumen de negocio en las ferias internacionales del libro, de ahí que vaya en ello no sólo una importante tajada económica sino la también más importante faceta política que comporta su tráfico entre los países participantes (Francfort, Bolonia, Jerusalén, Londres, Madrid y Moscú por poner algunos ejemplos destacados): “Debido al desplazamiento global hacia la cultura como terreno de lucha política, las ferias internacionales de libro seguirán sin duda aumentando en número, tamaño y diversidad.” (Cochran, 1996, 85). En el marco internacional de una economía globalizada, el libro ha adquirido un cariz en las últimas décadas de potente transmisor de la hegemonía cultural de una país o de una lengua, frente a las restantes; es por ello que las principales lenguas muestran sus facetas más atractivas de dominio en el panorama de la publicación internacional, cuyos editores juegan un papel clave en la vida cultural e incluso política del resto del mundo. La cultura ha jugado, pues, la baza del imperialismo a través de una colonización de las conciencias mediante el soporte libresco de terceros países e incluso continentes. Las ferias del libro —promoviendo como fachada externa transacciones comerciales e intelectuales— se erigen en potentes maquinarias susceptibles de hacerse con el dominio del mercado, es decir, el dominio cultural y por lo tanto económico pero sobre todo político de las diferentes zonas del planeta. A más de conformar *totems* culturales que ordenan el mercado, las ferias del libro deciden la circulación mundial de los objetos culturales: allí donde la publicación se hace política (ver Cochran, 1996, 89). La idea de libro, más allá del saber que circula y su representación de determinadas formas de pensamiento es la de la hegemónica cuestión de la manera en que este tránsito de ideas organiza el mundo: una feria del libro no es más que el escenario donde se discute lo que se vende y los lugares donde se decide que aparezca lo discutido. Yendo todavía más lejos, Cochran pone el dedo en la yaga al señalar que la cuestión que se dilucida en las ferias de libros es una cuestión de hegemonía política en su pleno sentido cuando no importa ya el volumen de negocio en sí, sino la venta de traducciones a terceros países, donde incluso no importa lo que se

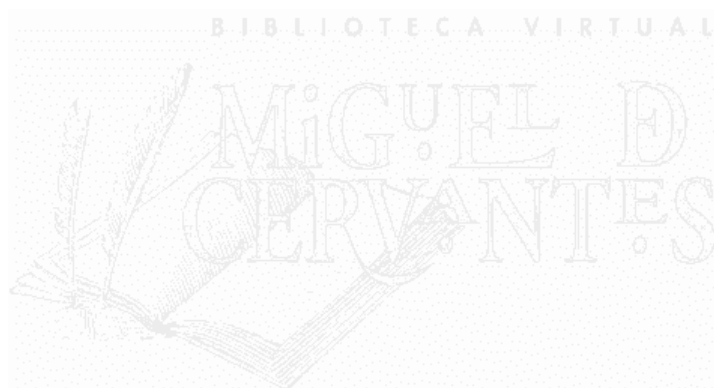
traduce sino el propio *copyright*⁴⁵⁰ de lo traducido, es decir, la propiedad individual y del Estado que la representa: el desarrollo cultural occidental depende de este concepto proteccionista e individualista de las sociedades modernas (Cochran, 1996, 92), además de practicarse a través de la preservación de la propiedad de derechos la interpretación del mundo; detrás de un libro existe toda una concepción no ya mercantil sino más bien primordial del tipo de cultura que se pretende hacer hegemónica: por lo tanto, son los escenarios del modelo de sociedad que se dirime, del modo de ver el mundo y su manifiesta imposición. De ello deducimos que la modulación cultural perpetuada a través del *establishment* persiste en la consecución de una desigualdad y jerarquía servilista, de modo directamente proporcional al que establece en los Estados modernos la hegemonía de una determinada feria como la de Francfort, ligada a su estabilidad política en los propios Estados: el libro unifica criterios y establece nuestra relación con el mundo, puesto que practica desde la sombra una neutralización de la diversidad en una unidad monopolizante.

El presente y la cultura se recomponen en forma de hegemonía política a lo largo de todas las épocas. Cuenta Cochran (1996, 87) que la aparición del Estado moderno está íntimamente ligada a la concepción de la historia que legitimaba el presente al naturalizar ese proceso en el que la marcha del pasado no podía sino haber conducido a la situación en la que se hallaban en el momento presente, apoyado en una concepción cultural que realizaba en su línea histórica un tipo de producción determinada según intereses serviles al poder sobre otros desechados. Cultura, historia y Estado se hallan íntimamente correlacionados en un trípode solidificador del poder a través de todos los tiempos en la era moderna: “la cultura misma se ha convertido en el campo de discusión que se cruza con todas las instituciones del orden estatal.”(Cochran, 1996, 100). De ahí nuestro interés, en pasados capítulos, por demostrar cómo la instrumentalización de la historia practicada de forma premeditada a lo largo de los sucesivos estadios temporales no era más que un modo de imposición y dominio frente al pueblo: la vertebración distorsionada de toda historiografía, inclusive la literaria, también obedecía a esa imposición por parte del poder. De hecho, éste demuestra la fuerte interrelación en un punto determinado de la historia (la española con la reconquista en 1492) entre la cultura nacional y la formación de un Estado, justo en el momento en que se consolida una primera gramática en lengua romance vernacular (una lengua vehicular del Estado naciente: la gramática de la lengua española de Antonio de Nebrija) [Cochran, 1996, 109]. Sin bien es cierto que la situación del mundo hoy es muy diferente, el libro —y

⁴⁵⁰ El *copyright* es el reconocimiento editorial de la llamada «propiedad intelectual», antesala, junto a las divisas, del desarrollo industrial del libro en el mundo capitalista. Éste permanece ligado al orden social y al sistema de mercado occidental. Forma parte de la eficacia de la organización de la vida económica y cultural de un país a partir del desarrollo de la revolución industrial, y con lo cual deducimos que es un concepto que forma parte hoy del engranaje de la economía mundializada pero gobernada por la inyectiva occidental, una vez más (ver Cochran, 1996, 94).

sus variantes— sigue conformando la respuesta a la situación de los nuevos retos culturales y lingüísticos en la cultura hegemónica. Es una manera de imposición para preservarse un futuro de dominio político: la cultura, demuestra Cochran, está estrechamente vinculada en relación proporcional de dependencia con el Estado (según funcione una lengua se establecerá el poder del Estado y sus instituciones culturales [1996, 113]). Estado y cultura están estrechamente vinculados en una interacción mutua hasta el punto de que en el Estado moderno de la economía política el uno presupone al otro. Construir una identidad cultural significa edificar el «Estado» del mismo modo que controlar el poder del Estado implica un control efectivo de las instituciones históricas además de las restantes de la sociedad civil (Cochran, 1996, 171). En ese sentido, la lengua de una comunidad de hablantes ocupará un lugar destacado en la sociedad puesto que “los mecanismos de la cultura dependen estructuralmente de la fundación de una comunalidad lingüística” (Cochran, 1996, 177). Una vez que el Estado domina con su intervención los espacios hegemónicos de la producción estética ofrecida a las masas, se asegura para sí el dominio de la ley y del derecho, es decir, la hegemonía y preponderancia de su propio sistema de control, con lo que puede crear una peligrosa concentración de poder que Gramsci llega a llamar *totalitaria* (la cultura impresa es una herramienta de producción cultural al tiempo que instrumento de monopolio absoluto de la cultura impuesta por los grupos dominantes, según se mire su uso). La lectura será, pues, desde siempre una cuestión (control estatal) de primer orden entre la estructura del Estado cuando el analfabetismo a lo largo de la historia se ha constituido en el más codiciado método de control de la masa humana: “el énfasis puesto en la lectura crítica como acto de producción cultural hace de la alfabetización algo más que un ejercicio consistente en inculcar a las gentes una nueva cultura hegemónica” (1996, 122), señala Cochran en referencia a la Nicaragua posterior a la revolución sandinista. La lectura y la escritura podrían ser entendidas, ahora en sentido general, como factor decisivo de la inserción del sujeto en la (intervención activa por fin de la) historia: son una manera de encuentro transparente con la realidad que nos envuelve, en la que vivimos los seres humanos, una manera de protagonismo de la historia; su buena instrumentalización puede contribuir a la formación, pues, de un nuevo sujeto que construya la historia, sin dependencias jerarquizantes respecto a los mecanismos represores de la cultura. En ese sentido, insertado el sujeto en la acción, la historia se puede erigir en transformación activa de la realidad, lejos del concepto manejado en otros capítulos de historia como mecanismo de poder para las clases dominantes (a través de la representación de los intereses particulares de las clases victoriosas): la primacía histórica de la Europa occidental no es más que la forma de subrayar desde el principio de la representación escritural occidental la legitimación del Estado moderno, juntamente con la justificación de la colonización de una serie de zonas extraeuropeas, hoy prolongadas con otras

técnicas más acordes con el mercado desterritorializado. Por todo ello no podemos, tras lo dicho, negar la dimensión política de toda forma de conocimiento (bien sea cultural, investigadora o disciplinaria): la dimensión sónica, como nos despachábamos al inicio del presente trabajo, está íntimamente ligada con la política. Toda forma de intervención cultural institucionalizada lo es ante la legitimación de la ideologización del sistema social en el que opera: el Estado (Cochran, 1996, 153). Los diferentes y complejos modos de funcionamiento de la cultura constituyen una madeja en cuyo seno, en última instancia, se halla enredada la tradición, las diversas instituciones a las que sirve, así como la lengua, asegurando de ese modo y en su sólida malla la estabilidad social, es decir, la afirmación constante del Estado, la nación y el poder en sus diferentes expresiones (Cochran, 1996, 159). Lo que entendemos por cultura⁴⁵¹ (entre otras cosas) va asociado a determinadas formas de establecimiento del Estado: la escritura, pues, es una práctica de intervención política. Por ello la lectura se puede erigir en un coherente proceso de transformación social puesta en buenas manos en tanto cuanto deshaga con su intervención crítica la hegemonía del poder sólidamente constituido.



⁴⁵¹ Recordemos que, según nuestra concepción, el debate cultural no sólo se reduce a lo artístico sino que, contra quienes pretendan pensar todo lo contrario, engloba a una serie de discursos que van desde el económico hasta el de las ciencias humanas, incluida la transmisión de noticias, y, por lo tanto, su alcance en el mundo actual es cada vez en mayor medida global, mundializado.

6.6. TEJER REDES DE LIBERTAD: LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES (NMS)

En la dinámica que recorre las sociedades modernas industriales se puede evidenciar un proceso probablemente irreversible de disolución de viejos vínculos sociales e identidades tradicionales. Los movimientos sociales de las sociedades industriales, ya existentes anteriormente, adquieren nuevas conformaciones mediante la búsqueda continuada de otras formas organizativas que pasan tanto por los sindicatos de trabajadores como por las ONGs de cooperantes voluntarios, ganando en capacidad autorreflexiva (actúan en el entorno inmediato para obtener resultados palpables), y consecuencia de todo ello es que obtengan resultados visibles fruto de la racionalidad estratégica pretendida y siempre buscada (al coordinar voluntades y movilizar recursos que logren los objetivos trazados). Todo ello es sustentado por un contenido cultural que se erige en primordial por encima de cualquier otro condicionante, pues la conciencia de los límites civilizatorios alcanzada por las sociedades modernas en su continuada e imparable expansión ha tocado techo. La burocracia racional y la economía, en tanto motores y garantes del «progreso», han logrado unos límites de cinismo que se trocan en contraproductentes para las condiciones de habitabilidad del planeta. Las fuerzas productivas del capitalismo moderno (en grado creciente) son ahora fuerzas destructivas; el «progreso»⁴⁵² y la «prosperidad» no significan otra cosa en la nueva sociedad conformada sino receso y destrucción progresivas, por la amenaza creciente que apuntan los riesgos tecnológicos acrecentados en la salud humana y el medio ambiente natural, encorsetando progresivamente la autonomía individual y la participación en los sistemas que se llaman democráticos. Los nuevos movimientos sociales (NMS) que se están conformando desde hace varias décadas (finales de los 60)⁴⁵³ no son más que la lógica desencadenante del malestar cultural que ha cundido en

⁴⁵² A este respecto Riechmann aclara: “Los «costes del progreso» van haciéndose progresivamente más visibles que sus beneficios, y estos problemas *reales y objetivos* forman la base estructural de contradicciones a partir de la cual se desarrollan los NMS. Éstos, lejos de constituir una mera reacción antimoderna contra la civilización industrial, apuntan hacia un *proyecto de rectificación racional de la irracional (por autodestructiva) modernización capitalista*, con su característica asociación de microrracionalidad y macroirracionalidad.” (1994, 93).

⁴⁵³ En concreto dice Riechmann: “1968 es una fecha emblemática. [...]: señala el final del largo período de crecimiento económico ininterrumpido que se dio en los países de capitalismo avanzado en la posguerra (dificultades en 1967 del dólar, que será separado del patrón-oro en 1971), y es al mismo tiempo un año de fortísima agitación social, con levantamientos estudiantiles en todo el mundo y una situación prerrevolucionaria en Francia. En este momento arranca la larga crisis de los años setenta-ochenta (que provocará una completa reestructuración del sistema capitalista mundial) y también la andadura de los nuevos movimientos sociales: la «segunda ola» del movimiento feminista, y la toma de conciencia ecologista, coinciden aproximadamente con esta fecha.” (1994, 160).

En otro momento concreto añade con rotundidad: “los ochenta será la «década conservadora» de Ronald Reagan y Margaret Thatcher” (Riechmann, 1994, 160).

Y profundiza en esta idea en otro lugar: “Se trata de movimientos sociales propios de las sociedades industriales avanzadas, que se desarrollaron en casi todos los países occidentales a partir de —

la sociedad civil de las últimas décadas, precisamente cuando la radicalización de la sociedad avanzada capitalista ha sido mayor en sus efectos de degradación: “Todo el mundo que quiere saberlo lo sabe ya: no se puede seguir viviendo como se ha vivido en las últimas décadas, por encima de las posibilidades de la economía real y contra la naturaleza. Lo sorprendente es que ahora empiecen a decirlo quienes tenían la responsabilidad de haberlo dicho hace tiempo, los ministros de economía” (Riechmann, 1995, 140), en clara alusión europea, incluida nuestra realidad nacional. Tal desarreglo funcional, organizativo e incluso, por encima de todo ello, vital, no expresa más que los desajustes de una sociedad eclipsada por unas erráticas leyes de mercado que han obligado a deglutir a un ritmo frenético las más primordiales leyes éticas de respeto a la naturaleza. En ese sentido el mundo occidental ha sufrido una serie de transformaciones que atienden a nuevas formas de organización social en la sociedad civil cuyos objetivos primordiales (por muy apocalíptico que suene) son evitar la degradación y destrucción del mundo en manos de un capitalismo industrial usurero que sólo conoce la dinámica productivo-destructiva y, por ende, reconstruir los vínculos sociales sobre fundamentos de igualdad, libertad y solidaridad (Riechmann-Fernández Buey, 1995, 14), o dicho con otras palabras: *la supervivencia en una biosfera habitable y la construcción de una sociabilidad emancipadora*. Los nuevos movimientos sociales (NMS) «sesentaiochistas» rompen con los movimientos sociales (MS) anteriores de entreguerras, y a medida que avanzaba la década de los setenta y ochenta fueron arraigando conforme se asentaban en el hueco dejado por las carencias que nunca supo suplir el poder político y legítimo del Estado. Los NMS surgieron antes de la *crisis económica* de los 70, si bien a ésta le precedió una *crisis de civilización* sin precedentes de la que surge su caldo de cultivo y extensión en forma de rebelión contra las perversiones de la modernización capitalista. Los NMS son formas de organización propias de la fase «postindustrial» en la que nos hallamos (del mismo modo que el movimiento obrero o los inicios de un cierto feminismo son propios de una fase industrial, o los movimientos burgueses lo son de una fase anterior preindustrial): “los NMS son movimientos de la fase «postindustrial», en los que se combina la orientación de poder con la cultural (la primera predomina en los movimientos ecologista y pacifista, la segunda en los movimientos feminista y alternativo.)” (Riechmann, 1995, 55). Más allá de la clásica dicotomía izquierda/derecha, los NMS se rigen por criterios subordinados a acciones temáticas (ecología, paz, racismo, condición de la mujer, etc.). Son alentados por un espíritu generalizado de *antimodernismo*. Desprecian una

aproximadamente— mediados de los años sesenta. 1968 es una fecha emblemática, y por eso a veces se denomina a los NMS «movimientos del 68». Me refiero al *movimiento antiautoritario estudiantil* (englobado dentro de un amplio *movimiento de protesta juvenil*), el *nuevo movimiento feminista*, el *movimiento alternativo urbano*, el *movimiento antinuclear* (que se solapa con el anterior y con el siguiente), el *movimiento ecologista*, el *nuevo movimiento pacifista*.” (Riechmann, 1994, 56).

concepción lineal de la historia, así como tampoco aceptan la creencia en el «progreso» fruto de la ciencia y la tecnología a partir de su desarrollo en condiciones históricas determinadas⁴⁵⁴.

Lo que realmente pretenden los NMS es poner en evidencia a la ciencia y a la tecnología en tanto generadores en la sociedad moderna de una escalada progresiva de incertidumbre innecesaria en la sociedad industrial avanzada, conformando lo que Riechmann ha llamado la *sociedad de riesgo*. Las condiciones de indefensión y sometimiento injusto que han generado el desarrollo científico-tecnológico de las últimas décadas del siglo son rasgo constitutivo y denunciante de las NMS: estas organizaciones se erigen criticando la civilización productivista y patriarcal que nos ampara en el proceso de modernización industrial, crecimiento económico acompañado por su garante la regulación burocrático-estatal pertinente, cuyos efectos son su potencial destructor del tejido humano, el sinónimo de sufrimiento e injusticia por doquier. Frente a los contenidos de la *modernidad* o los procesos de modernización habidos en el seno de la sociedad, por complejos procesos de industrialización, centralización, institucionalización, secularización, profesionalización, democratización (según el modelo de democracias representativas occidentales) y diferenciación funcional, los NMS se erigen construyendo desafíos continuos a todos estos procesos mediante la desindustrialización o una industrialización alternativa («reconstrucción ecológica de la sociedad industrial»), procesos de descentralización y «recomunalización» de la vida política, cuestionando el marco Estado-nación, desinstitucionalización de la vida político-social, una desprofesionalización de la vida político-social, un modelo alternativo de democracia (democracia participativa, de inspiración consejística), y un proceso de desdiferenciación funcional en el que la autonomizada esfera económica fuera absorbida por otras esferas sociales (con una *economía moral*) donde se persigue recuperar para la sociedad civil zonas ganadas por el *Welfare State* de la política de las últimas décadas (ver al respecto Riechmann, 1995, 64).

Las nuevas redes tejidas en los movimientos sociales buscan una politización de la vida cotidiana y del ámbito privado en su intento de desarrollar formas alternativas de convivencia, producción y consumo, transformando en su proceso a los diversos y concretos componentes (hombre/mujer) de la sociedad⁴⁵⁵, además de generar vínculos

⁴⁵⁴ “Los NMS no comparten la concepción lineal de la historia, la creencia en el progreso entendido como desarrollo material y moral interminable, ni la fe en la capacidad del ser humano para moldear y recrear indefinidamente las condiciones de su propia existencia por medio de la ciencia y la tecnología, creencias éstas que caracterizan a una parte de la modernidad occidental a partir sobre todo de la Ilustración.” (Riechmann, 1995, 63). En ellos depositamos gran parte de las esperanzas futuras en tanto nuevas formas de vínculos sociales, al erigirse en posibilidad de revitalización del tejido social.

⁴⁵⁵ Riechmann llega más lejos: “Los NMS no aceptan la dicotomía público/privado que subyace al universo de acción social de la teoría política liberal, ni aceptan la subordinación de la esfera sociocultural a la político-administrativa. El eje de la transformación propuesta se halla en la esfera sociocultural, a la

sociales desde su base, alternativos a los impuestos por la doctrina consumista y su correlato filosófico el individualismo, tal y como hemos visto sobradamente.

La reapropiación del tiempo, espacio y vida cotidiana a través de una *dimensión cultural, prepolítica* evidencian una nueva concepción cultural alternativa a la existente que debe ser ya no heredada sino creada en el centro de las controversias políticas. La política convencional está tan altamente degradada que los gobiernos se sirven automáticamente y por inercia de herramientas inservibles en la nueva sociedad conformada como la regulación legal, el aparato burocrático y el monopolio estatal de la violencia; el manejo de los recursos fiscales que les preserve; y el uso de la información y la persuasión. Los Estados se topan con los nuevos problemas surgidos en los límites de estos medios en la crisis de la civilización contemporánea sin dar solución a ellos. En el contexto actual resulta dudoso que la acción de gobierno estatal vaya a conseguir soluciones razonables para problemas sociales de nuevo cuño. Ante esta situación los NMS realizan propuestas no tanto de nuevo cuño como nuevamente articuladas⁴⁵⁶: “Puesto que la consideración de que vivimos en una plétora miserable en la que se entrecruzan el malestar de la cultura y la miseria material no suele aparecer en las principales teorizaciones de la filosofía moral y política imperante, el ecologismo social de este fin de siglo se ve en la necesidad de propugnar también un paradigma teórico alternativo.” (Fernández Buey, 1995, 133).

Los actores de los NMS no se distinguen por la dicotomía clásica izquierda/derecha, liberal/conservador, etc., ni por los códigos socioeconómicos: clase obrera/clase media, pobre/adinerado, rural/urbana; se codifica más bien el universo político según la categoría de planteamiento de movimiento como puede ser sexo, lugar, edad, etc... Suponen la creación de nuevas identidades colectivas alternativas a las hasta ahora conocidas⁴⁵⁷. Los NMS luchan contra la implantación de la modernización burocrática, el control social creciente, la atomización que practica el Estado, su informatización uniformizadora y la implantación de un Estado de cuño policial que pretende al

que deberían subordinarse la económica («economía alternativa») y la política («nueva política»).” (1995, 66).

⁴⁵⁶ Concretamente: “Proponen iniciativas que apuntan hacia un modelo de sociedad cualitativamente diferente. Cabría perfilarlo como una sociedad descentralizada, formada por unidades en buena medida autónomas, federadas de algún modo, que emplean los recursos locales de forma no depredadora (en una *economía perdurable, sostenible u «homeostática»* con algún grado de planificación global), en equilibrio con la naturaleza, con un fuerte caudal de autoabastecimiento e independencia del exterior (también en términos militares). *Paz entre los pueblos y con la naturaleza*, por formularlo en los términos utópicos de Herbert Marcuse; y dentro de esta nueva formación social, un modo alternativo de vida sin explotación ni opresión, austero y solidario, sin patriarcado, con relaciones humanas gozosas y sujetas al grado más bajo posible de enajenación. Tales son, pues, los contenidos dominantes en los NMS (contenidos nuevos al menos en el momento de aparición de estos movimientos).” (Riechmann, 1995, 73-4).

⁴⁵⁷ Riechmann ofrece varios ejemplos al respecto: “el movimiento ecologista pone en jaque el extendido consumismo y productivismo donde busca refugio de «muchedumbre solitaria», el movimiento pacifista de la primera mitad de los ochenta desafía el anticomunismo y atlantismo que también sirve de cimiento negativo a las sociedades occidentales durante la Guerra Fría, etc.” (1995, 95).

mismo tiempo abolir la autorrealización de las personas de un modo consecuente y diferenciado respecto a las anteriores, al implantar una regulación tecnocrática y un control social; pero, por otra parte, pretende la lucha *político-social* de un modo de vida que evite la progresiva destrucción ecológica y social de la presente civilización industrial cuyos efectos se miden en la herencia vital de formas como la reproducción social o la continuidad de la vida sobre el planeta. Así, en contraposición a la manipulación, la jerarquía, el control, la dependencia, burocratización o centralismo, los NMS tienen una raíz común de valores como la *autonomía* y la *identidad*, que trabajan una pertinente descentralización, el autogobierno, la democracia radical (frente a la representativa) o de base.

Las sociedades modernas se están configurando en lo que se ha dado en llamar «sociedades de riesgo» ya que el gran salto adelante de las clases dominantes en las sociedades capitalistas, para salir de la crisis en la que nos hallamos apalancados desde hace decenios, no es más que una suerte de actuación a la desesperada. Tomada conciencia de la escasez de recursos por el desigual reparto, sus «límites al crecimiento» (título del primer informe del Club de Roma de 1972) evidencian la crisis ecológica global en la que nos hallamos sumidos, con repercusiones inevitables a lo largo de los años 70, precisamente en un momento histórico que coincide con el final de la fase «fordista» del capitalismo (caracterizada por la generalización del trabajo asalariado sobre la base de métodos de producción de masa desarrollados y la industrialización y mercantilización del ámbito de la reproducción social que generalizaron el llamado «consumo de masas» donde se pueden adquirir bienes de elevado valor como electrodomésticos, automóviles, etc.). La *nuclearización* del globo terrestre, la *reestructuración mundial del aparato productivo* (con su nueva «división internacional del trabajo») o la llamada «tercera revolución tecnológica» que vivimos en torno a los avances en campos selectos como la *microelectrónica* y la *biotecnología posibilista* han generado inmensos avances de productividad que atisban peligros dantescos cuando menos en la fase de la evolución en la que nos encontramos (ver Riechmann, 1994, 90).

En este contexto la idea de «progreso» y falsa «prosperidad» formulada por las maldades de un sistema preocupado por el *bienestar*, en tanto garante de una clase privilegiada cuyo único motor viene siendo desde hace siglos el «poder económico» en supremacía, y legitimado por un sistema absoluto como el actual, no obliga más que a concluir las salidas poco halagüeñas de una sociedad así llamada (del «Bienestar») que no es más que una forma de aludir al malestar en el que vivimos inmersos de continuo por haber creado un sistema que no posibilita otras salidas sino el desastre, por no apuntar vías alternativas sino al desgarrar, por no tender otros puentes solidarios que los de las autopistas cancerígenas del suicidio masivo. Las tecnologías se han convertido en la mayor amenaza de la salud humana y el medio ambiente (su expansión es voceada

por una burocracia racional que constituye su caldo de cultivo natural). En ese contexto el surgimiento de los NMS en torno a las llamadas ONGs (ver Riechmann, 1994) no es más que una forma alternativa de frenar el tren en marcha de los vagones tecnológicos, una nueva forma de organización que está surgiendo en contestación a las formas hegemónicas políticas de un poder vertical en occidente. Desde finales de la década de los 60 existe un auge de nuevos movimientos sociales cuyo caldo de cultivo es el malestar de esas formas políticas de ningún modo resolutorias de conflictos con los que enfrentarse las nuevas sociedades surgidas en el capitalismo tardío. Así, frente a la *miseria de la política convencional*, en palabras de Riechmann, que lucha con sus conocidos recursos de regulación legal, persuasión a nivel informativo y manejo de los recursos fiscales como pilares básicos que sustenten el aparato organizativo, están surgiendo nuevos modos para problemas desconocidos que plantea la crisis de la civilización contemporánea. Aunque estas organizaciones no resulten novedosas en su forma estructural, sí por lo menos lo son en el contexto en el que surgen y en los contenidos culturales de que se dotan, el tipo de movilización que propugnan, las formas de acción que pretenden y los objetivos sociopolíticos a conseguir (Riechmann, 1995, 80). A efectos prácticos, tras más de una década de fuerte implantación en la sociedad española, sus repercusiones comienzan a evidenciarse en el tejido social, al iniciar una vertebración organizativa de la sociedad en su base de un modo cuando menos diferente, cuyas repercusiones en el campo artístico no tienen por qué pasar desapercibidas, todo lo contrario subsumidas como novedosas formas de ligazón social donde el individuo de la sociedad capitalista avanzada podría haber encontrado su lugar de acción social, rellenando esas lagunas allá donde el poder no puede o no quiere inmiscuirse. En contraposición, pues, a la manipulación, la jerarquía, el control, la dependencia, la burocratización o el centralismo, los NMS tienen una raíz común de valores como son la *autonomía* y la *identidad*, trabajando un efecto opuesto al instituido a través de redes descentralizadoras, de autogobierno y en un sistema de democracia radical o de base. Este sistema que se quiere reformista desde su base es, queremos pensar, una esperanza temprana que todavía debe dar sus frutos. No se pretende otra cosa sino la ambiciosa tarea de subvertir el orden social vigente y construir sociedades ya no basadas en el motor económico cuanto en el cultural. La sustitución del economicismo que prima en la actualidad y su relegación al último de los escalafones de privilegios sociales, si no su desaparición, por otros modos éticamente más compatibles de vitalizar el tejido social, constituyen la única esperanza de un sistema desgarrado por sus desequilibrios.



6.7. LA UTOPIA REALIZABLE: PARA UNA SUBVERSIÓN DEL DOGMA ESTABLECIDO

En un corto período que atraviesa apenas dos décadas de la historia reciente española, se ha impuesto en el plano ideológico el dominio incontestable de lo económico por encima de cualquier otro valor, incluso el ético de cada uno de los comportamientos humanos, dentro de este economicismo que campa a sus anchas, un neoliberalismo defensor de un patrón socioeconómico insostenible a largo plazo, bien que beneficie de manera ingente a corto plazo a sus defensores, es decir, a lo poderosos y sus lacayos los *lobbies* de economistas y sus escuelas doctrinales, como el único credo científico aplicable. La cúpula dirigente del gobierno y, en su nombre, el PSOE durante los ochenta ha difundido una ideología trastocada desde sus posicionamientos iniciales de izquierda progresista e incluso revolucionaria hasta criterios pretendidamente científicos y desideologizados, bajo esa voluntad inquieta de llegar a tiempo al FMI (Fondo Monetario Internacional) y el Banco Mundial que son sin duda los entes que hoy emiten ideología sobre todos y cada uno de los ciudadanos de la vieja Europa (Velasco, 1996, 152), es decir, rigen nuestros destinos.

En los ochenta, los sucesivos gobiernos socialistas han sido capaces de poner en marcha una política económica que se creía infalible ante la nueva realidad, cuando la misma no es más que la oportunista sustitución de la dimensión ético-política, base de los objetivos a conseguir en un inicio (parte del legado de la izquierda tradicional: ahora sí los *cien años de honradez* socialista esgrimidos a destiempo), por otra técnico-económica, confundiendo convenientemente fines con medios a lograr, y en la base de esta confusión se halla la tan manida explicación por parte de esos gobiernos de que se hacía lo que la misma realidad imponía cuando ello escondía intereses ocultos tras una fría racionalidad económica que nos ha llevado al punto donde nos hallamos. Entonces podemos decir que el orden social (del que han habido efectivamente cambios, del mismo modo que los hubo en ese sentido en los albores del franquismo) comenzó a legitimarse en el franquismo con argumentos teológicos, después con argumentos jurídicos y en la década de los ochenta hasta esta misma actualidad se ha fraguado en los económicos, de tal modo que la economía constituye por sí misma la ideología oficial de cuantos intereses dominantes se acerquen a la cúspide del poder, ya sea PSOE, ya sea PP en esta misma actualidad: de hecho la salmodia de que sólo cabe una política económica parece constituir el credo único y verdadero de los últimos tiempos, la única teología de este final de milenio.

Vivimos, el conjunto de occidente, una profunda crisis del concepto de representación tradicional de nuestras sociedades, incluida una cierta representación del

imaginario colectivo. Lo que antes era un modo factible de representar la realidad ahora ya no sirve. Han entrado en crisis la amplia mayoría de las instituciones de nuestra sociedad tecnificada, bien sean poderes políticos en su concepción moderna, estamento judicial, militar, eclesiástico, bien educativo (escuela, universidad...), o cultural incluso. Los ciudadanos de las sociedades capitalistas tardías han perdido la referencia tradicional de las instituciones modélicas y buscan su suplencia en otras manifestaciones o en otros órdenes de la realidad que actúan como alternativos a los tradicionalmente constituidos ya sean el espectáculo futbolístico, ya asomarse a la prensa del corazón erigiendo en personajes carismáticos a una serie de valores que venden en la sociedad de consumo actual, aunque sea por exhibir el lado más lastimoso pero costoso de la misma (traducido en éxito social a través de belleza, dinero o superficialidad), etc.

En cambio, frente a esto y casi en proceso paralelo de evolución, nuestra memoria colectiva del pasado no lejano es mutilada. Muchos historiadores y políticos creen haber encontrado en la supresión de la memoria el camino indispensable de la democracia española, tras una guerra civil y 40 años de dictadura: quizá por ello más de uno piensa y justifica que se pudo alcanzar el tan aplaudido consenso de la transición. Creció de ese modo el mito de la reconciliación como una forma de mirar hacia adelante del mismo modo que el *Ángel Nuevo* de Benjamin pero —a diferencia de éste— nunca más hacia atrás del pasado, siquiera reciente; esta mutilación fue presentada como necesaria de tal modo que llegaría a ser aceptada (que no cuestionada por ninguno de sus difusores o medios de comunicación que la han voceado en sus diversos soportes) por la generalidad de la ciudadanía a fuerza de insistencia: “La suspensión de memoria fue un bálsamo para las fuerzas reaccionarias y fue bien recibida por la ciudadanía. [... Esta suspensión] tuvo un nombre: amnistía.” (Ramoneda, 1997, 13), que sonaba a democracia ante la dejadez de pedir cuentas la resistencia del franquismo en ese momento en el primer plano de la lucha política al sector franquista implicado y hegemónico hasta entonces. Esta *suspensión de memoria* habría de evolucionar entre la operación de ingeniería montada en la transición a la amnesia total practicada al pasado más reciente: como si de blanquear el pasado se tratara, desmedular la memoria del pueblo para manipularla. Se nos administra una memoria histórica tergiversada, premeditadamente arrebatada por los pensadores e historiadores servidores de las prebendas de quienes la han construido desde su protagonismo directo en la vida política: el gremio de historiadores de la transición repartió las funciones de los protagonistas, lográndose todo lo más no ya una democracia real como una (ansiada) homologación en toda regla y tránsito hacia occidente, aun a precio de pasar por encima de los derechos básicos de los ciudadanos en nombre —ironías de la historia— de esa

supuesta democracia que se había de construir. El olvido⁴⁵⁸ es una manera de aceptar el consenso/consentimiento dado por muchos viejos regímenes, además de una falta de respeto hacia quienes sufrieron en propias carnes procesos retrógrados y persecuciones de todo tipo (Ramoneda, 1997, 14). El olvido forma parte de los vericuetos de la memoria porque ésta es múltiple, discontinua, arbitraria, informe e incluso dispersa a más no poder, erigiéndose las más de las veces en su estrategia favorita pero nadie tiene el derecho de arrogarse para sí el ejercicio de la memoria de toda una ciudadanía: la desmemoria es un caballo desbocado en la historia pero la memoria uno de nuestros pocos instrumentos para defendernos de esa historia siempre hegemónica (que escriben los vencedores). Sin ella somos poco más que nada.

Frente al malestar que presenta este estado de hechos, debemos comenzar por subvertir con radicalidad manifiesta la base del estadio del capitalismo tardío en que nos hallamos en una operación que tiene su justo correlato en la sustitución de lo económico por lo cultural, y comenzar porque éste sea centro vital y social desde el que irradiar todos y cada uno de los factores humanos, cada uno de los campos que atañen al comportamiento humano. No en vano Habermas viene a decirnos que el Estado moderno basa su legitimación en las buenas relaciones tejidas entre la economía y la burocracia (1994, 475-6), en una clara radiografía del mal que padecen el conjunto de las sociedades occidentales. En 1975, muy tempranamente Roman Gubern predice el problema en la sociedad española: “Y los problemas fundamentales de toda política educativa y cultural democrática son eso: problemas políticos y problemas de democracia.” (1977, 288). Cuestiones que en alguna medida ensanchan hasta la actualidad de más de dos décadas posteriores sus mismas palabras con la apertura de un proceso democratizador en su faceta oficial.

En la conformación del mundo actual, la preponderancia de las formas económicas ha creado un nuevo concepto de cultura servil al todopoderoso dinero y su apéndice especulativo. Hemos pretendido a lo largo del presente trabajo poner en cuestión no sólo la hegemonía de un tipo de producción cultural que coincide con la dominante sino, por extensión, la consolidación las más de las veces de una única práctica artística monopolizante en connivencia con el abusivo mercantilismo. El estudio (barrido rizomático) de una tendencia literaria mayoritaria en la última década cuestiona las diferentes funciones que intervienen en la producción artística, llámense «lenguaje», «lector», «texto», «discurso», «teoría», e incluso «autoría» de toda obra (artística) en tanto propiedad privada del texto y sus posibles sentidos, cuyo objetivo no es otro — aliado con la concepción lineal de la historia y de la tradición— sino la prolongación

⁴⁵⁸ Determinados acontecimientos y procesos históricos del pasado más reciente han sido premeditadamente olvidados, y en su operación se halla una interesada construcción de otra realidad sutilmente diferenciada a la realmente acaecida.

interesada del mito nacionalista y excluyente que envuelve a la misma institución desde sus inicios. Pero, además, se pone en cuestión la construcción de unos «héroes» o «personajes» que contribuyen a modular el dogma individualista de la sociedad de finales de siglo con la aceptación pasiva de un tipo de confort privado y reclusión aislante malintencionados, en relación directamente proporcional respecto a la esclerosis política que vivimos. En un panorama donde a diario se nos pretende inculcar el dogma de que vivimos en el mejor de los mundos posibles, de que la presente «democracia» es sinónimo natural de «libertad», y donde la amnesia ya no sólo pretende ser histórica sino englobar a nuestro pasado más reciente, llámese terrorismo de Estado, corrupción ministerial, hipoteca de un modelo social... la escritura es el lugar donde se dirimen todos los aspectos concernientes a la realidad. Contra toda clase de pronósticos, del estudio de una cierta producción artística alojada en un ensimismamiento tramposo, se desprende que la literatura puede ser una forma de acción y, por lo tanto, un potente instrumento de transformación de la realidad. Fuera de absurdas e interesadas posiciones idolatradoras que vienen de lejos, la literatura debe volver a formar parte de la realidad desde la que surge y de donde nunca debió haber sido secuestrada. Partiendo de esta premisa, el debate crítico-teórico abierto desde otras voces discordantes (con las que tiene voluntad dialéctica de conexión este trabajo) pretende dar en la diana de un sistema fracturado y sacudir los excesos o desbarajustes producidos por la sordina capitalista, renegando de un nefasto individualismo para buscar los lazos solidarios, dialécticos, de modelos sociales (NMS) que exploren vías alternativas a las actuales formas hegemónicas de producción cultural de escaparate y foto mediática, desde su fuerte raigambre cívica susceptible de supervisar a los grandes poderes financieros y comunicativos. La instauración entre nosotros del Pensamiento Único en el orden cultural⁴⁵⁹ ha creado un malestar creciente entre quienes perciben la realidad de un modo totalmente alternativo a las raquícticas formas preponderantes, desde la voluntariedad vocacional de propagar culturas de base con las que transformar radicalmente la realidad. Posiblemente el papel de la cultura en el mundo globalizado de la geopolítica y la economía es pensar de continuo los espacios de las afueras del mercado.

Frente a la aparente ausencia de alternativas a las formas hegemónicas culturales como pretenden hacernos creer, y frente a la hegemonía del capitalismo disfrazado de

⁴⁵⁹ La conformación tecnológica de una realidad cambiante lleva parejo el hecho de que, frente a momentos precedentes, las múltiples formas de representación de nuestra realidad se han disuelto dando paso a otras de carácter apariencial que disfrazan la misma bajo el manto de una complejidad de lo real que pasa por su acto simulacral, cuyas consecuencias más palpables son la creación de un ejército de videntes educados para ver todo menos lo que se aprestan a mirar, es decir, a no distinguir la verdadera realidad. Resultado de ello es que en el centro del campo capitalista se ha abandonado a su suerte a un sujeto ignorante de lo pernicioso de su propia dinámica; el sistema ha alimentado entre sus filas a una masa ingente ávida de la ilusión consumista cuando esta masa es incapaz de discernir la realidad última de lo contemplado/consumido porque ésta estallarí a sus pies.

neo-liberalismo y su correlato político el *Estado de malestar*, el objetivo es la búsqueda de un giro radical que subvierta las estructuras de la sociedad en sustitución de los dogmas economicistas imperantes por unas formas culturales que inunden todos y cada uno de los ámbitos de la realidad. En momentos de triunfalismo capitalista, abordar el análisis de la producción literaria reciente desde toda clase de presupuestos teóricos (cuantos más mejor) recobra su pleno sentido en tanto se constituye en demostración más que palpable de cómo el arte camina parejo y enredado en las formas políticas, y que el uno modula indefectiblemente al otro.

